



Apoteosis de Enrique IV, por Rubens (Galería de los Uffizi, Florencia).

La Francia de “Le Grand Siècle”

Los franceses llaman al XVII, *el siglo de Luis XIV* o *Le grand siècle*, porque señala el apogeo de la Francia borbónica y absolutista. El reinado de Luis XIV es el más largo que registra la historia de Francia. Duró setenta y dos años; pero a este período de apogeo francés deberían añadirse los reinados de Enrique IV y Luis XIII, abuelo y padre, respectivamente, de Luis XIV, y la regencia del duque de Orleáns durante la menor edad del bisnieto de Luis XIV, que fue después Luis XV.

Tal convicción tuvieron entonces los franceses de su superioridad, que llegaron a publicar libros como el titulado “*Paris, le modèle des nations étrangères, ou L’Europe française*”. Querían indicar que la mentalidad de París, o mejor dicho de Versalles, se había contagiado a toda Europa. En realidad, Francia tuvo en esta época plétora de grandes hombres. No produjo un genio univer-

sal del tipo que podríamos llamar humano, como Cervantes; pero, en cambio, vio nacer de su seno multitud de talentos finos, agudos, genialmente inteligentes. A la agudeza, a la discreción, en Francia se la llamó *esprit*; se estimaba una respuesta maliciosa como algo espiritual y profundo. Mientras en la Edad Media, en el siglo de san Luis, Francia, centro del mundo católico, acogió a teólogos y artistas de todos los países y la Sorbona era un centro internacional de estudios, en el siglo de Luis XIV Francia es homogénea, típicamente francesa. No sólo no admite extranjeros, sino que exporta sus hombres, modas y lengua a toda Europa.

La prosperidad material de la Francia borbónica durante el siglo XVII fue obra de varios ministros inteligentes. Los monarcas tuvieron por lo menos la discreción de saberlos escoger y dejarlos en relativa libertad. El ministro de Enrique IV fue Sully,



Entrada de Enrique IV en París (grabado de Leclerc según un dibujo de N. Ballery; Museo Carnavalet, París). El asesinato de Enrique III elevó al trono a Enrique de Borbón, quien encontró, por protestante, dificultades para afianzarse en el trono hasta que abjuró. Es célebre la frase que se dice pronunció en aquel caso a modo de excusa: "París bien vale una misa".

que nos ha dejado unas confusas Memorias explicando sus esfuerzos para sanear la Hacienda. El solo título es ya una confesión de sus cualidades y limitaciones: *Sages et Royales Economies*. Se trataba, pues, de economizar sin grandes planes para producir riqueza. Sully logró mejorar la Hacienda, en lamentable estado después de las guerras de religión. Calculó que la deuda de Francia ascendía casi a trescientos millones de libras, una enormidad en aquel tiempo. Para disminuirla, Sully atendía a todo. Aunque consiguió aumentar sus honores y su fortuna, quiso que constara en sus Memorias que nunca se lucró en nada sin que lo supiese el rey su amo.

Enrique IV inició la política del gobierno personal, que debía conducir al más exagerado absolutismo. Las guerras de religión no sólo habían desangrado y empobrecido a la nobleza, sino que la habían dividido. Los nobles católicos preferían un rey absoluto católico a un monarca que, respetando sus antiguos derechos, transigiera con los hugonotes. Enrique IV empezó a relegar la vieja aristocracia francesa a una posición decorativa; en el reinado de Luis XIV encontramos

a los nobles en Versalles, empenachados y cubiertos de lazos, encorvándose como lacayos al paso del gran monarca. Era casi inevitable, porque si los Borbones hubiesen respetado los privilegios de la antigua aristocracia feudal, se exponían a verse insultados en los Consejos reales por descendientes de antiguas familias, que pretendían ser más franceses y más nobles que ellos mismos. Enrique IV redujo su Consejo de ministros (numeroso durante los Valois) a cuatro secretarios. Despachaba con ellos por la mañana. Los nobles "de sangre" que iban a visitarle a aquella hora tenían que esperar a que el rey terminara.

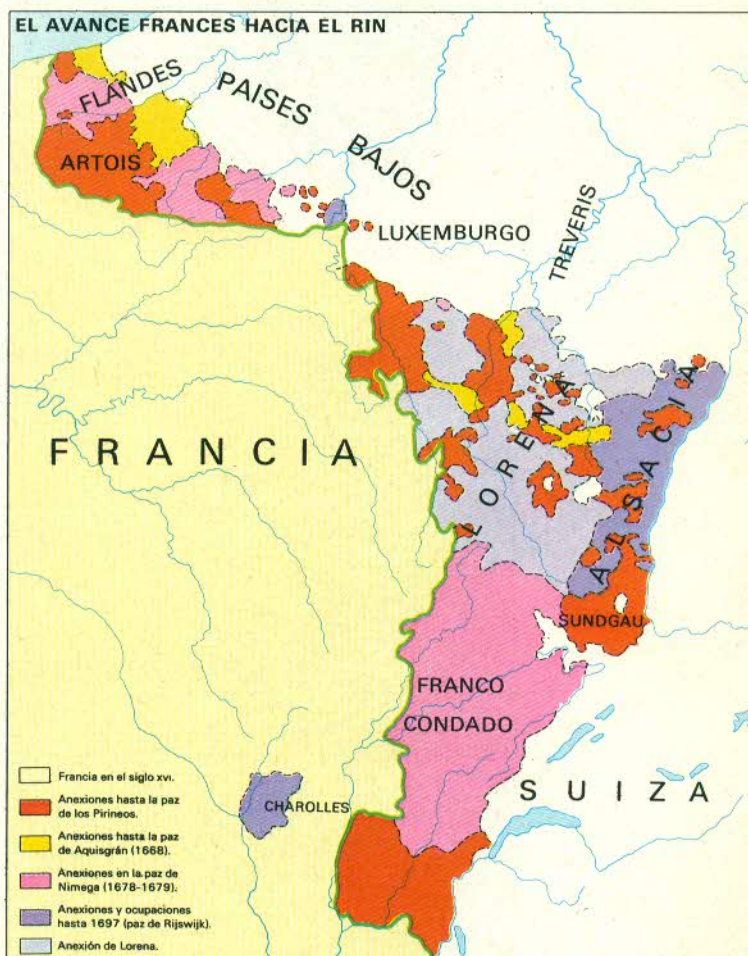
Otro paso hacia el absolutismo fue el poco respeto con que los Borbones trataron a las asambleas parlamentarias de Francia. Además de los llamados Estados Generales o reunión de los tres brazos, popular, eclesiástico y nobleza, con representantes de toda Francia, que sólo se reunían convocados por la corona, había infinidad de parlamentos regionales que proponían medidas de gobierno y hasta gobernaban y administraban justicia en cada región. Enrique IV los trató con el mayor desprecio. He aquí

la respuesta de Enrique IV al agente del Parlamento de Burdeos que le visitó en París: "¡Muy bien, muy bien, monsieur Dubernet! ¡Buen orador! El papel lo sufre todo. Pero yo os contestaré como rey, como soldado, como gobernante... ¿Quién gana los pleitos en Burdeos? ¡El que tiene la bolsa más llena! Los parlamentos no valen nada, y el vuestro es el peor. Os conozco, puesto que soy gascón como vosotros. Decidme si hay un campesino que cultive viña propia... Todos trabajan la de un presidente o un consejero. Basta ser consejero (esto es, político) para enriquecerse inmediatamente".

En otra ocasión, Enrique IV espetó a sus "parlamentarios" esta arenga: "Yo sé cómo se gobierna con parlamentos, porque la corona que heredé (Bearn y Navarra) es de un país que se gobierna con ellos. Los reunía cada año. Y allí prevalecía el que más gritaba; el que recordaba más instituciones de emperadores, príncipes y señores. Las gentes no comprendían nada de lo que él decía, pero exclamaban: ¡Qué bien dicho! ¡Que le hagan síndico! Y después de encumbrado, era el primero en formar una *liga* (contra el rey)".

Tal fue Enrique IV. Su filosofía no pasó de un natural buen humor y su ciencia de gobernar se redujo a desear que todos los franceses echasen cada día gallina en el puchero. Este primer Borbón inició también el régimen de favoritas o amantes regias, que suplantaban a la reina legítima, si no en sus derechos, en sus honores. Después de tratar con varias bellezas, se fijó en Gabriela d'Estrées, de la que tuvo dos hijos; trataba de legitimarlos cuando murió la favorita. Previendo oposición contra sus bastardos, aceptó casarse con María de Médicis, con el solo propósito de tener un sucesor. De este matrimonio nació Luis XIII. Enrique IV fue asesinado en 1610 por un fanático católico a quien el rey gascón parecía demasiado tolerante con los hugonotes. Aunque Enrique IV había dicho que París, o la corona de Francia, bien valía una misa, y nunca flaqueó en su conversión, los católicos no le perdonaban su juventud protestante y sobre todo el edicto de Nantes, que establecía libertad de cultos. A la muerte de Enrique IV, su hijo Luis XIII era menor de edad, por lo que fue necesaria una regencia durante cuatro años. Luis XIII reinó desde 1614 hasta 1643, tiempo más que suficiente para consolidar un nuevo régimen. Pero era de carácter caballeresco, medurado y algo tímido; no el tipo de monarca que se arriesga a grandes reformas y aventuras. Le gustaba ver prosperar tranquilamente sus estados y rodearse de gentes distinguidas. A París, prefería Versalles, "el Versalles de

Gabrielle d'Estrées, favorita de Enrique IV.





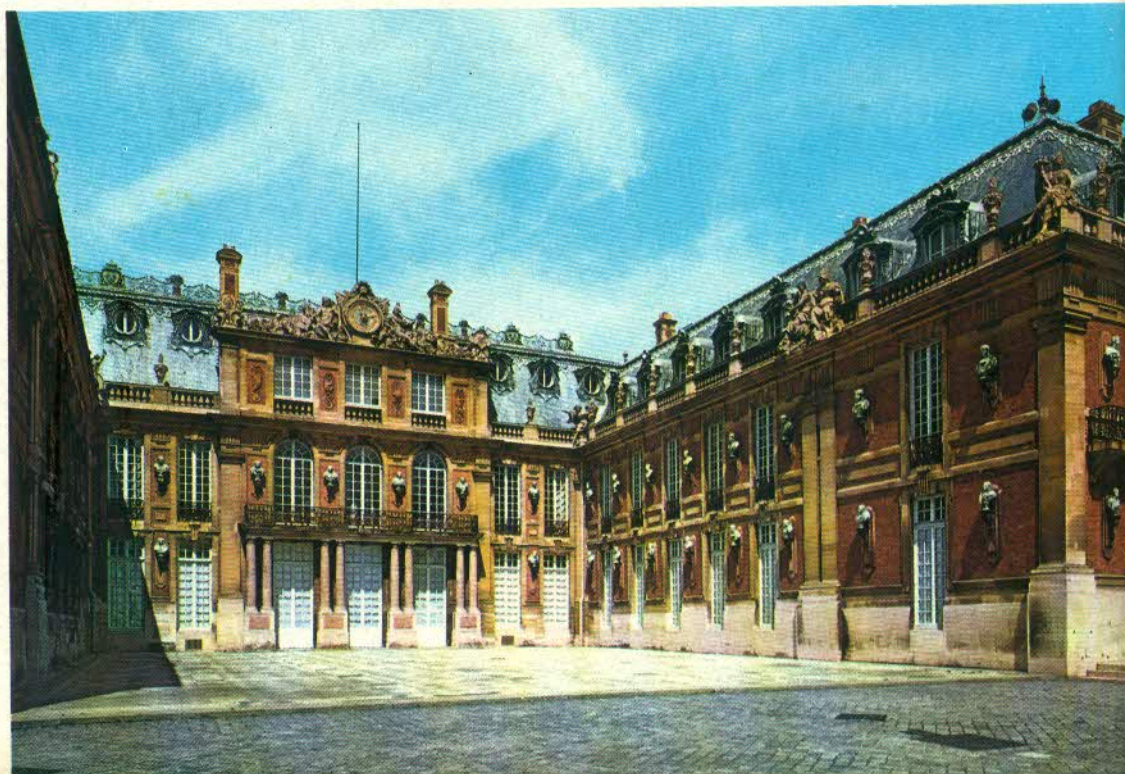
Luis XIII, niño, por Pourbus el Joven (Galería Pitti, Florencia).

Luis XIII", que entonces sólo era un apadero de caza, en la parte central del gran palacio que hoy se llama la *Cour de marbre*. Aquella fachada humilde no hace sospechar el Versalles pomposo que tiene detrás. Vivía allí como un gran señor rural, rodeado de un grupo de amigos más bien que de una pequeña corte, y se entretenía cazando.

Al comienzo de su reinado, Luis XIII cambió varias veces de ministro; pero desde el 1622 hasta su muerte en 1643 gobernó a Francia su valido, el famoso cardenal Richelieu, quien hasta cierto punto fue continuador de Sully, aunque de ideas mucho más vastas y de temperamento más aristocrático. Nervioso, dolorido, con el cuerpo enteramente cubierto de úlceras, aquel demacrado cardenal inició la política internacional de Francia que ha durado hasta nuestros días. Consistió en una mira interesada sobre los Países Bajos, el propósito de dominar la orilla izquierda del Rin y la vigilancia sobre España para que no pudiera amenazarla por el Sur.

Luis XIII accedió difícilmente al papel de *Roi fainéant* de Versalles a que le condenaba el cardenal erigido en "mayordomo de palacio". Pero no tuvo ánimos ni atrevimiento para despedirlo como a un criado desobediente. La reina legítima era una infanta española, Ana de Austria, hija de Felipe III, a la que Luis XIII no se confiaba más que para explicarle los disgustos que le daban sus amantes francesas. Un día que fue a París para visitar a una de ellas, mademoiselle de la Fayette, ya retirada en un convento, viose precisado por una tempestad a refu-

La "cour de marbre", patio central del palacio de Luis XIII en Versalles, la residencia preferida del rey, donde vivía como un gran señor feudal.



LA TENSION ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA DURANTE LOS SIGLOS XVI Y XVII

La política exterior de los estados europeos, desde finales del siglo xv hasta el xviii, estuvo dominada por la rivalidad existente entre las casas reales de Habsburgo —soberanos de España y Austria— y de Francia. No se trataba de una mera lucha dinástica, sino que resumía las presiones ejercidas sobre Francia por los distintos estados limítrofes. En efecto, bajo la soberanía de la dinastía de Habsburgo se reunieron en el transcurso de una generación las principales potencias enemigas de Francia.

Entre 1494 y 1559, una Francia en expansión intentó dominar la península italiana. Lógicamente tuvo que hacer frente a la coalición de las potencias rivales que hemos mencionado. En 1515, cuando Francia proclamó un nuevo soberano, Francisco I (1515-1547), se había llegado a una delimitación de esferas de influencia en Italia, con los españoles en Nápoles y los franceses asentados en Milán.

Una eficiente política matrimonial de los reyes adversarios de Francia hizo que un mismo monarca, Carlos I (1517-1556), fuera, a la vez, soberano de los Países Bajos, duque de Austria y rey de España y de las Indias. Si era elegido emperador de Alemania —como su abuelo Maximiliano I—, el cerco de Francia sería completo.

Francisco I intentó desesperadamente que Carlos I no fuera elegido emperador. Pero éste contaba con el apoyo de las poderosas bancas alemanas, cuya intervención decidió la voluntad de los siete príncipes electores en el sentido de asegurar la continuidad de la casa de Austria (1519).

La política inicial de Carlos I se oponía al poder establecido de Francia por lo menos en tres puntos: la recuperación de la parte de la herencia borgoñona que había pasado a Francia, el dominio del Milanesado y la idea del Imperio como entidad superior a todos los demás reinos cristianos.

Carlos I necesitaba apoderarse del Milanesado, con cuya posesión podía poner en contacto los dos principales bloques de su Imperio, a través de los pasos de los Alpes. A partir de 1521 se produjeron seis conflictos armados entre los Habsburgos y los Valois por la hegemonía europea. Una serie de paces o treguas jalónaron esta etapa bélica. La primera guerra se presentó como una liberación de Italia del dominio francés. Terminó con la gran victoria de Pavía, a raíz de la cual el Milanesado pasaba a manos españolas (1525). Un intento de liberar Italia de los españoles se frustró con la toma de Roma y la firma de la alianza hispano-genovesa (1527-1528). La tercera guerra condujo a una situación límite (tregua de Niza, 1538). Tras la cuarta, Francia renunció prácticamente a Nápoles y Milán (paz de Crépy, 1544).

Ambos poderes desarrollaron una amplia estrategia diplomática. La alianza genovesa proporcionó a Carlos I una escuadra y un fuerte respaldo bancario.

Pero el Imperio de Carlos I era tan vasto y le planteaba tan graves problemas, que nunca pudo lanzar contra Francia un ataque total. La cuestión del luteranismo en Alemania, la presión turca en el Danubio y en el Mediterráneo, la amenaza de los corsarios argelinos, obligaban a la política imperial a una constante dispersión de objetivos. En buena lógica, el rey de Francia se alió con todos los enemigos de Carlos. Alentó a los protestantes alemanes a defender las "libertades germánicas" y firmó un tratado con el sultán Solimán el Magnífico (1520-1566), que concedía a la flota otomana una base de operaciones en Tolón.

Francisco I murió en 1547, cuando Carlos I, vencedor de los protestantes en Mühlberg, estaba en la cumbre de su poder. Su sucesor, Enrique II (1547-1559), reemprendió la lucha en 1552, aliado con los príncipes alemanes insurgentes, y coincidiendo con una nueva ofensiva turca. El derrumbamiento de la política imperial fue completo. Carlos I fracasó personalmente ante la plaza de Metz (1553). Dos años más tarde abdicaba en Bruselas.

La reanudación de la guerra abarcó toda la Europa Occidental, desde Inglaterra hasta Nápoles. La victoria de San Quintín (1557) puso al nuevo rey de España, Felipe II (1556-1598), en condiciones de dictar la paz. Pero la primera bancarrota de la corona española le impidió obtener un total provecho de la victoria. También el estado francés estaba al borde de la quiebra. La paz firmada en Cateau-Cambrésis (1559) fue al mismo tiempo un compromiso y una liquidación. En su virtud, España se aseguraba el dominio mediterráneo.

En la segunda mitad del siglo xvi, el desarrollo de las guerras de religión en Francia alteró las relaciones entre Francia y España. Esta dejó de ser, para los dirigentes católicos franceses, el principal adversario y se convirtió en un eficaz aliado contra los hugonotes. De esta forma se produjo una intervención española en los asuntos internos de Francia, aunque, en muchos aspectos, la política exterior de los Valois permaneció invariable.

El momento culminante de la intervención española correspondió a los años 1589-1595, en los que los ejércitos de Felipe II respaldaron a la Santa Liga Católica francesa contra el rey calvinista Enrique IV de Borbón. En definitiva, España triunfó en sus objetivos religiosos —impedir una victoria calvinista—, pero fracasó en los políticos —mediatización de Francia—. A partir de su conversión al catolicismo, Enrique IV consiguió transformar la

guerra civil en una reacción nacional contra España, imponiendo al Rey Prudente una profunda rectificación política en la paz de Vervins (1598).

La etapa de la militancia religiosa fue sucedida, a principios del siglo xvii, por una etapa de coexistencia pacífica, previa a la gran conflagración bélica de los Treinta Años (1618-1648). En el caso francés, la expansión exterior cedió paso a una política de reconstrucción interna. Más aún, a la muerte de Enrique IV (1610), los nuevos gobernantes, fervientes católicos, llevaron a cabo una política de amistad con España, que culminó en 1612 con un doble enlace matrimonial entre las familias reales de ambos países (Luis XIII y Felipe IV).

Para mantener esta política, Olivares debía alterar la naturaleza de la monarquía hispánica, de forma que todos los reinos financiaran el esfuerzo militar. Esta necesidad se hizo más perentoria a medida que la situación bélica se prolongaba sin esperanzas de una próxima victoria española. Pero también Richelieu se hallaba enfrentado con graves problemas interiores.

Por fin, en 1635 se produjo la intervención directa de Francia en el conflicto. La guerra de los Treinta Años, religiosa en sus comienzos, se había convertido en un gran duelo entre los Habsburgos y los Borbones. La guerra inició de una manera directa en la crisis interna española. España se hallaba agotada por su esfuerzo militar. La plata americana se agotaba y los reinos no castellanos se negaban a abandonar sus privilegios fiscales. Presionados por Olivares, Cataluña y Portugal se sublevaron en 1640 y aceptaron aquella la protección y ésta la alianza francesa. Fue el fin de los proyectos de Olivares, quien abandonó el poder en 1643. A Richelieu, fallecido el año anterior, le sucedió el cardenal Mazarino.

En el mismo año 1643 tuvo lugar el aniquilamiento de los tercios españoles por un ejército francés en Rocroi. Esta derrota, seguida por otras varias, señaló el fin de la hegemonía española. La paz de Westfalia, firmada en 1648 con Holanda y con los protestantes alemanes, así lo reconocía. No obstante, se prolongó la guerra con Francia. Los disturbios que aquejaron a este país (guerras de la Fronda, 1648-1653) permitieron a España prolongar su resistencia y recobrar el principado de Cataluña. Pero las repetidas victorias francesas y la difícil situación de la Hacienda obligaron a Felipe IV a aceptar la paz de los Pirineos (1659), que marcó el fin de la preponderancia española y el inicio de la francesa.

P. M.



El cardenal Richelieu, por Philippe de Champaigne (Museo de Versalles). Durante casi todo su reinado, Luis XIII tuvo como primer ministro o valido a este cardenal, cuya política exterior no tuvo más objetivo que el hundimiento de la casa de Austria.

giarse en el Louvre, donde vivía la reina. Aquella inopinada visita a su esposa fue causa de que naciera el heredero del trono, el prototipo de todo un régimen: Luis XIV.

Este es *le Roi Soleil*, el que, según los franceses, y por lo menos para ellos, caracteriza todo un siglo. Los principios fundamentales de su gobierno fueron una combinación de los de sus dos antecesores. Tuvo un ministro, Colbert, que sabía agenciar recursos como Sully, en tanto que el propio rey sabía gastarlos, como otro Richelieu, en aventuras de política exterior. Colbert era plebeyo, hijo de un mercader que no creyó necesario

darle educación literaria. A los cincuenta años, siendo ya ministro del "rey cristianísimo", trataba de aprender latín mientras iba en carroza a despachar con el monarca los asuntos de la jornada. Ascendido grado por grado hasta alcanzar la alta posición de intendente de Hacienda, Colbert no podía ser ni filósofo ni filántropo. Frio, metódico, con ideas claras y persistente en aplicarlas, parecía oscilar como la brújula para señalar constantemente el Norte. Encontró la Hacienda sumida en un embrollo de deudas, garantías, pagarés y bonos entregados a los prestamistas. Colbert, sin llegar nunca a la liquidación de un presupuesto, consiguió al menos satisfacer las grandes necesidades de la costosísima corte de Luis XIV y sus todavía más costosos ejércitos.

El plan de Colbert era transformar a Francia, de país agrícola, como había sido hasta entonces, en un país esencialmente industrial y mercantil, el centro de la economía europea. Favoreció toda clase de nuevas industrias, desde la fábrica de tapices de los Gobelinos hasta los plantíos de moreras para gusanos de seda; envió instrucciones a los fabricantes de tejidos de lana, exponiendo los colores y calidad que debían tener las telas para competir con las de otros mercados, y a estas iniciativas y direcciones del gobierno siguió el nombramiento de inspectores autorizados para castigar a quienes fabricaran mercancías de inferior calidad. Las muestras de telas defectuosas se exponían en la picota con el nombre del fabricante delincuente. Caso de reincidir, se mencionaba al infractor en la reunión del gremio, y a la tercera falta se le exponía personalmente en la picota.

Colbert hizo esfuerzos desesperados para acabar de una vez para siempre con las aduanas regionales y otras trabas y gabelas que hacían en extremo difícil el comercio interior. Trazó una red de caminos que llegarían por doquier, habilitó puertos y empezó canales que durante años han abaratado los transportes en Francia. El primer canal del Languedoc, que puso en comunicación el Atlántico con el Mediterráneo, fue inaugurado por Colbert en 1681. Tenía más de 250 kilómetros de longitud, con 75 esclusas, y en el punto más alto alcanzaba 300 metros sobre el nivel del mar. Colbert consideró herencia prodigiosa los territorios franceses ultramarinos y animó a los que allí iban a establecerse o a traficar procurando a Francia mercancías de los trópicos. Era entonces época de "compañías" y sociedades anónimas, que aparecían por doquier en Inglaterra y en Holanda. Colbert quiso establecerlas y protegió la formación de compañías francesas para el comercio con las

REINADO DE LUIS XIV (1643-1715): FASE ASCENDENTE

- | | | | | | |
|------|---|------|--|------|---|
| 1643 | Regencia de Ana de Austria. Mazarino, primer ministro.
(19/5) Condé vence a los españoles en Rocroi. Los franceses ocupan Flandes y Henao. | 1664 | (12/1) Paz de Pisa con Alejandro VII. Luis XIV había ocupado Aviñón a causa de un conflicto con la curia. | 1674 | (24/5) La Dieta de Ratisbona declara la guerra a Francia.
(16/6) Turenne deshace el ejército imperial en Sinsheim.
(11/11) Condé vence a Guillermo de Orange en Seneffe. |
| 1645 | (mayo) Derrota de Turenne en Marienthal. Victoria de Condé en Nördlingen. | 1667 | La Liga del Rin es disuelta. Después de la muerte de su suegro, Felipe IV, Luis anuncia sus derechos a la corona española y emprende la victoriosa Guerra de la Devolución. Turenne ocupa Lille. | 1675 | (27/7) Muerte de Turenne en Salzbach (Baden).
(11/8) Derrota francesa en Tréveris. |
| 1646 | Condé toma Dunkerque a los españoles. | 1668 | (19/1) Tratado secreto entre Luis XIV y el emperador sobre la partición de la herencia española.
(2/5) La Triple Alianza obliga al rey francés a firmar la Paz de Aquisgrán. Francia obtiene doce fortalezas en Flandes y en Henao, pero devuelve el Franco Condado a España. | 1676 | Ocupación de Philippsburgo por los imperiales. |
| 1648 | (20/8) Condé vence a los españoles en Lens.
(24/10) Paz de Westfalia: Francia obtiene Metz, Toul, Verdún, Alsacia, salvo Estrasburgo; Brisach, Philippsburgo y Pignerol. | 1669 | Vauban, ingeniero militar, es encargado de la construcción y reparación de varias fortalezas. | 1677 | (17/2) El mariscal de Luxemburgo toma Cambray.
(11/4) Victoria total de Luxemburgo sobre Orange en Cassel.
(16/11) Los franceses ocupan Friburgo. |
| 1657 | (23/3) Alianza con Cromwell contra España. | 1670 | (26/5) Tratado secreto de Dover entre Luis XIV y Carlos II contra los Países Bajos. Los franceses ocupan la Lorena. | 1678 | Paz de Nimega con Holanda (10/8) y España (17/9): Francia obtiene el Franco Condado, Cambray, Saint-Omer y Valenciennes. |
| 1658 | Francia se convierte en potencia protectora de la Liga del Rin.
(16/4) Turenne deshace a los españoles en Nieuwpoort y ocupa Dunkerque. | 1672 | Luis XIV invade Holanda. Los holandeses abren los diques para impedir el avance.
(21/8) Derrota de las flotas francesa e inglesa en Texel. | 1679 | (5/2) Paz de Nimega con el emperador: Friburgo queda para Francia, que debe devolver Philippsburgo.
(25/10) Tratado secreto con Brandeburgo. Creación de las Cámaras de reunión. |
| 1659 | (7/11) Tratado de los Pirineos: Francia obtiene el Rosellón, Artois y varias fortalezas españolas de los Países Bajos. Condé se pone al servicio de Luis XIV. | 1673 | (16/6) Paz separada de Vosse con Federico Guillermo de Brandeburgo. | 1681 | (11/1) Alianza defensiva con Brandeburgo.
(30/9) Ocupación de Estrasburgo y de Casale de Monferrato. |
| 1660 | (4/6) Matrimonio de Luis XIV con la infanta María Teresa. | | | 1682 | Luis XIV se instala en Versalles. |
| 1661 | (9/3) Muerte de Mazarino. Principio del reinado personal de Luis. Colbert dirige la economía del país. | | | | |

Antillas, el Extremo Oriente, el Levante mediterráneo, y hasta para empresas locales como la explotación de los bosques del Pirineo y las pesquerías del mar del Norte. Convencido además de que la superioridad de los franceses dependía de su buen gusto y temperamento estético, pensó contribuir a la prosperidad de Francia con la creación de la Academia de Bellas Artes en Roma y la Academia de Ciencias y la de Música en París. Richelieu había creado ya una Academia Francesa para la lengua y la literatura.

Explicado quién era Colbert, "el intendente", que agenciaba los recursos ahorrados por la Francia laboriosa, vamos a ver quién era el rey que los gastaba, esto es, Luis XIV. Fuerte, sano, de bella presencia, convencido de que su misión de gobernar a

Luis XIV en brazos de su ama Longuet de la Giraudière (Museo de Versalles). Hijo de Luis XIII y de la infanta española Ana de Austria, encarnó el absolutismo como ningún otro monarca de la época.





La Rochelle, en un grabado de Aveline (Biblioteca Nacional, París). La diferencia de religión de los súbditos franceses chocaba con el ideal absolutista de Richelieu. La plaza de la Rochelle, baluarte de los hugonotes, fue sitiada y ocupada por las fuerzas del cardenal. Luis XIV continuó quitando privilegios a los hugonotes, hasta revocar el edicto de Nantes. Como consecuencia de ello emigraron muchos habitantes de la población.

un gran pueblo no permitía injerencias de nadie, a veces escuchaba la opinión de los demás, pero siempre quería resolver él los asuntos. Desde joven había dicho que él sería su primer ministro, y así fue; ni Colbert ni Louvois llegaron a suplantar al monarca, como había hecho Richelieu con Luis XIII. Al principio se creyó que los galantes desórdenes del rey acabarían por apartarle de

los asuntos políticos; pero, por lo visto, la vitalidad de Luis XIV le permitió distinguirse en los dos campos. A Luis XIV, en su juventud por lo menos, le gustaba la variación en estas intimidades femeninas. Las *Memoirs* de Saint-Simon descubren la existencia de una hija del rey, de color achocolatado, y otra gruesa y mal hablada, nacida de la hija de un jardinero de Versailles. El rey le



Visita de Ana de Austria y el delfín al Hospital de la Caridad de París (Museo Carnavalet, París).

proporcionó un decente matrimonio, pero le prohibió el acceso a la corte. Se mencionan, además, una mademoiselle de Fontanges, una Soubise y una Loudre, pero sin categoría oficial de amantes regias. Por orden cronológico, las amantes titulares de Luis XIV se sucedieron como sigue: su primer amor fue María Mancini, sobrina del cardenal Mazarino, italiana de gallarda presencia. La segunda, beldad ya muy francesa, fue mademoiselle de La Vallière, que dio al rey tres hijos: dos varones que murieron niños y una hembra que el rey casó con el príncipe de Conti. El amor sincero del rey por La Vallière duró hasta 1670, pero ya antes había empezado a manifestar interés por una dama de la reina, casada con cierto Montespan. Hubo un periodo en que Saint-Simon dice que las gentes de Versalles se

regocijaban viendo a las tres reinas: la esposa legítima, Maria Teresa de Austria, la Vallière y la Montespan. Pronto triunfó esta última, y el marido fue enviado primero a la Bastilla, después a sus tierras de Guyena.

Saint-Simon dice: "Los partos de madame Montespan eran públicos. Su círculo se convirtió en el centro de la corte... Era también un centro del ingenio por la agudeza en la conversación, de un tipo tan delicado, sutil y al mismo tiempo tan natural y agradable que se distinguía por su especial carácter". Esto dice Saint-Simon, enemigo declarado de la Montespan; hay que imaginar el daño que tal persona podía ejercer con su influencia sobre un monarca absoluto. Por esto Saint-Simon añade: "Madame de Montespan era caprichosa, de mal genio y altanera... No perdonaba a nadie y se burlaba

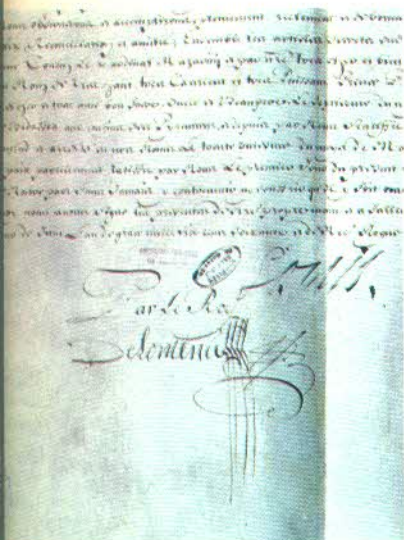
Alegoría del matrimonio de Luis XIV y de la paz de los Pirineos (1659). La paz de los Pirineos significa la consolidación del poderío francés en Europa y la culminación de la política sostenida por Richelieu y Mazarino. La boda del rey de Francia con la infanta española María Teresa abriría amplias perspectivas para la sustitución del poderío europeo de la casa de Austria por el de la casa de Borbón.



Comida de campesinos, por Louis Le Nain (Museo del Louvre, París). La gran pobreza del campesinado francés constituye una de las manifestaciones de la otra cara de "le Grand Siècle".



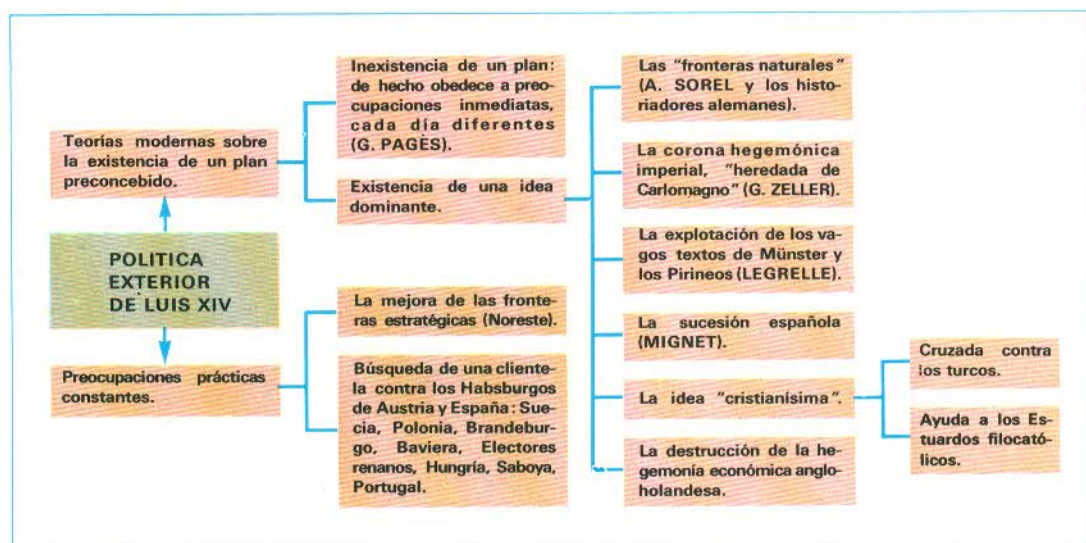
Firma de Luis XIV en la ratificación de la paz de los Pirineos (Archivo General de Simancas, Valladolid).



de todo el mundo con el solo objeto de divertir al rey. Como tenía fértil ingenio y era encantadora en sus maneras, no había nada más peligroso que ser ridiculizado por ella". Tuvo del rey ocho hijos: cuatro que murieron antes de la mayor edad y cuatro que ocuparon sitios de honor en la corte. Los dos varones fueron el duque de Maine y el conde de Tolosa; las dos hembras casaron, una con el hijo del gran Condé y la otra con el duque de Orleans. Este era nada menos que el sobrino del rey, posible heredero de la corona. Cuando su madre supo que

había dado su consentimiento para casarse con la hija de la Montespan le dio en público un bofetón. "Pero el rey amaba a sus bastardos y la duquesa tuvo que aguantar."

Hemos detallado someramente las "ligerezas" amorosas de Luis XIV, no por el maligno placer de exponer su conducta, sino porque fue imitado por la corte de Versalles, modelo de todas las demás cortes de Europa. Más tarde, un noble, Charles-Louis de Montesquieu, consejero y después presidente del Parlamento de Burdeos, escribirá las *Lettres persanes*, en las que dos ingenuos



LA OTRA CARA DE "LE GRAND SIÈCLE"

El "grand siècle" francés presenta una brillante fachada que ha deslumbrado a todos los historiadores amantes del autoritarismo, que han creído ver en él la culminación de una grandeza nacional que absuelve a la época de todos sus pecados y errores. Así, Jacques Bainville (*Histoire de France*, París, 1924), entre otros muchos, exulta de entusiasmo comentando que "Francia se esponja de dicha en esta reacción" en comparación con la anarquía de los años anteriores, y que todo el pueblo aclama unánimemente al soberano que ha dado al país "el orden en el interior y la seguridad en el exterior". Ahora bien, para cualquier historiador no cegado por sus opiniones políticas, como lo estaba Bainville por las del movimiento ultraderechista de "Action Française", si algo salta a la vista en el "grand siècle" es lo precario de su seguridad y de su prosperidad y el elevado precio que se pagó por el orden.

Luis XIV sacrificó la economía de la nación a su ambiciosa política exterior; las interminables y costosísimas guerras empobrecen al país, encajado en el rígido armazón de un dirigismo a ultranza que tiende a paralizar o al menos a entorpecer la iniciativa privada. Sobre todo a partir de la muerte del hábil Colbert (1683), las dificultades económicas se multiplican. Un rudo golpe para la vida económica francesa es también la revocación del *Edicto de Nantes* (1685), que empuja a exiliarse a numerosos protestantes, muchos de ellos dedicados a manufacturas. Por otra parte, se suceden las malas cosechas; en los campos, el hambre y las epidemias se hacen crónicas, diezmando a la población, y en el momento más crítico de la guerra de Sucesión española, el espantoso invierno de 1708-1709, uno de los más crudos que ha conocido la Historia, hace crecer las cifras de mortalidad de un modo nunca visto. Las consecuencias inevitables son los levantamientos campesinos y los motines ciudadanos, siempre severamente reprimidos. Cunde el descontento entre la población, mientras, para atender a las necesidades de la guerra, aumentan de un modo exorbitante los impuestos que agobian a un país hambriento y extenuado, cada vez más consciente de la monstruosa desigualdad con que se reparten estos impuestos.

Crisis económica interna, continuas y estériles guerras de prestigio en el exterior, lujo desenfrenado en la corte, miseria en el sector popular, gravísimo desequilibrio social debido a las prerrogativas de las clases privilegiadas, agudización de los problemas religiosos (revocación del *Edicto de Nantes*; querella entre jansenistas y jesuitas, que el rey zanja finalmente en favor de estos últimos), corrupción y desmoralización en las altas esferas, decadencia del comercio debido a la competencia anglo-holandesa: tales son las principales manchas oscuras de ese sueño de pompa y de grandeza que vive la Francia de Luis XIV.

Las voces de unos cuantos testigos de la época nos ayudarán a comprender hasta qué punto el fulgor de Versalles llegaba a disimular aspectos sombríos. La misma corte indigna a los que la conocen por dentro; para darse cuenta de ello, basta leer las terribles Memorias de Saint-Simon, o el epistolario de la princesa Palatina, una alemana casada por razón de Estado con el hermano del rey. La Palatina nos pinta con maligna lucidez desde el carácter de su marido, mediocre, egoísta y homosexual, hasta los últimos repliegues de las intrigas y corrupciones de palacio; nos habla de sus ruindades y de su inmoralidad, condenando inapelablemente a un mundo al que nunca llegó a acostumbrarse. Pero además de la vida cortesana ("la gran moda en París es que las damas se emborrachen igual que los hombres", "las mujeres se enamoran unas de otras, lo cual me repugna aún más que todo el resto", etc.), nos describe, por ejemplo, la impresión que le causó el ver reprimir los motines del hambre: cuando se reúnen en la calle seis mil trabajadores "pidiendo a grandes voces pan y dinero, como no tenían nada que darles, detuvieron a una mujer que se hacía notar por su insolencia y la pusieron en la picota. Entonces empezó el tumulto; arrancaron a la mujer de la picota y se pusieron a gritar: "¡Pillaje, pillaje!", y corrieron, en efecto, hacia las panaderías y saquearon las tiendas. Llamaron a los soldados de la guardia para disparar sobre la chusma; pero los revoltosos, al darse cuenta de que sólo disparaban con pólvora y para asustarles, gritaron: "¡Ataquémosles, no tienen plomo". Entonces los soldados se vieron obligados a matar

a varios. Esto duró desde las cuatro de la madrugada hasta el mediodía".

Mucho más dura es aún la visión del escritor La Bruyère cuando esboza un retrato de los campesinos hacia el final del reinado: "Vemos a ciertos animales feroces, machos y hembras, desperdigados por el campo, negruzcos, lívidos y requemados por el sol, atados a la tierra que hurgan y que remueven con una testarudez invencible; tienen como una voz articulada y cuando se levantan sobre sus pies, muestran un rostro humano, y en efecto son hombres. Al caer la noche se retiran a sus cubiles, donde viven de pan negro, de agua y de raíces".

Pero la denuncia más clara y directa de la catastrófica situación del país y de las responsabilidades del soberano no procede de ningún extranjero, como la Palatina, de ningún resentido, como La Bruyère, de ningún protestante, como Jurieu, sino de una persona que en la época en modo alguno podría considerarse como sediciosa: Fénelon, eclesiástico de familia noble, arzobispo de Cambrai y preceptor del nieto del rey. En la famosa carta que Fénelon escribió a Luis XIV en 1694—mucho antes de los años más negros del reinado—, le acusa, entre otras muchas cosas, de haber "introducido en la corte un lujo monstruoso e incurable", de "haber empobrecido a Francia entera", de "haber llevado a cabo guerras que sólo tenían por razón un motivo de gloria y de venganza". "Vuestro nombre se ha hecho odioso... mientras vuestros pueblos mueren de hambre, el cultivo de las tierras está casi abandonado, las ciudades y el campo se despueblan, todos los oficios languidecen, Francia entera no es más que un gran hospital desolado y desprovisto. La sedición se enciende poco a poco en todas partes; creen que ya no tenéis ninguna compasión por sus males, que sólo amáis vuestra autoridad y vuestra gloria. Esta gloria que endurece vuestro corazón os es más querida que la justicia, incluso que vuestra salvación eterna, incompatible con ese ídolo de gloria". "Sólo amáis vuestra gloria y vuestra comodidad. Todo lo centráis en vos, como si fuerais el dios de la tierra y todo lo demás solamente hubiera sido creado para seros sacrificado."

C. P.

viajeros orientales descubren en París algo más "oriental" que en su propia patria. Además, la necesidad de Luis XIV de tener a su lado a una mujer inteligente, capaz de aconsejarle, determinó su casamiento con la última favorita, la llamada madame de Maintenon, de accidentada juventud. Era hija de una familia noble, pero arruinada. Todavía niña, emprendió un viaje a la Martinica y años después comparaba el torbellino de la

corte de Versalles a los huracanes de América. De vuelta en Francia, la casaron con un poeta cómico de mérito, Scarron, de quien quedó viuda a los veinticinco años de edad. Madame de Montespan, que había podido apreciar sus cualidades, la nombró institutriz de los hijos que había tenido con el rey. No sabemos cómo la viuda Scarron (después madame de Maintenon) llegó a suplantar a la Montespan; pero es muy pro-



Nicolás Fouquet, el ministro de Hacienda de Mazarino y de la primera época de Luis XIV cuya ostentación causó su desgracia: una fiesta excesivamente lujosa dada en su castillo en honor del rey, que se sintió molesto por el despliegue de riquezas, la aprovechó Colbert para perderle. Sometido Fouquet a juicio, perdió sus bienes y fue condenado a prisión perpetua en el castillo de Pignerol, donde murió.

bable que forzaran el cambio los escrúpulos de conciencia del rey, que empezaba a fatigarse de sus desórdenes. La joven institutriz había sido hugonote en sus primeros años, y convertida al catolicismo conservó hasta la muerte una seriedad de que la Montespan carecía. Después de un corto período de relaciones a la vez espirituales y amorosas, Luis XIV, que era viudo, no tuvo reparo en casarse con aquella mujer, francesa, aunque no de sangre real.

El matrimonio se efectuó en secreto, sólo en presencia de dos testigos: Louvois y el arzobispo de París. Todo el mundo conocía el hecho del casamiento y algunas veces se habló de hacer la declaración oficial que hubiera elevado a madame de Maintenon a la categoría de reina de Francia; pero, posiblemente por la resistencia que opuso ella misma, nunca se llegó a dar semejante "escándalo".

Durante los últimos treinta años de Luis XIV, madame de Maintenon fue su fidelísima colaboradora y consejera. Sin preocuparse de tratamientos, recibía con gran dignidad a los hijos del rey y a los príncipes de la sangre. El rey la visitaba varias veces al día, y por la noche despachaba con sus ministros en la cámara de madame de Maintenon. La escena ha sido descrita varias veces: el rey y madame, sentados en sendos sillones a cada lado de la chimenea, escuchaban los informes de los ministros. Ella



El "Pont Neuf" de París, con sus tenderetes, sus charlatanes y sus carrozas, en la época de Luis XIV (Museo Carnavalet, París).

parecía no querer enterarse y proseguía su labor de cañamazo. Delante de la mesa del rey había dos taburetes: uno para el ministro y otro para la cartera. Aparentando hambre y sueño, madame de Maintenon cenaba y se desnudaba asistida por dos camareras, mientras el rey iba despachando los asuntos que le sometían sus ministros. Cuando éstos terminaban, Luis XIV iba a despedirse de ella, ya en la cama; y allí, sentado a la cabecera, recibía su último consejo.

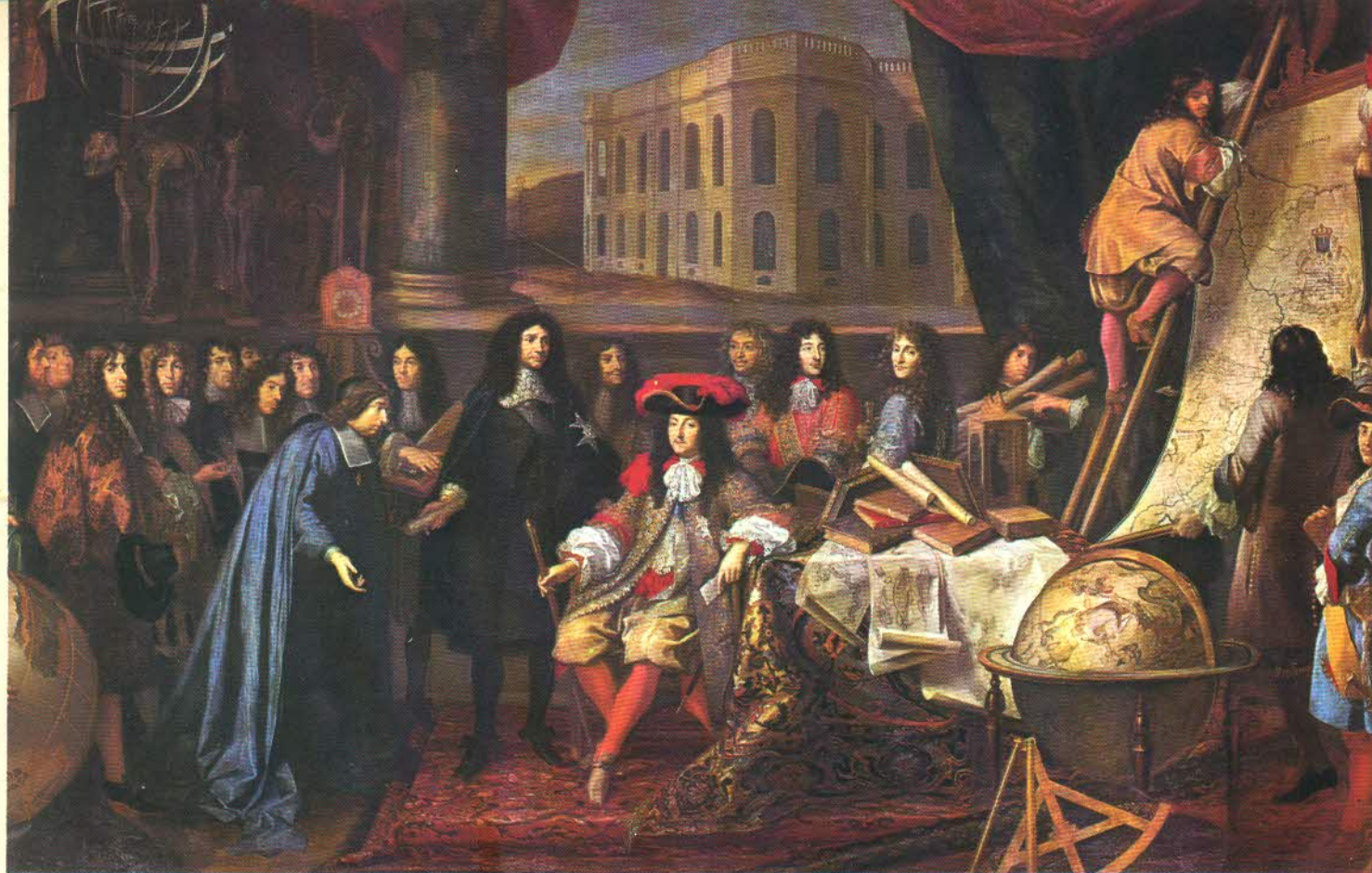
¡Qué país, Francia, capaz de producir un personaje político como madame de Maintenon! Una aventurera había llegado a reina sin caer en aventuras. No se nos han transmitido quejas comprobadas de abuso del poder de madame de Maintenon. No protegió a nadie de su familia, no tuvo predilección por ninguno de los príncipes. Saint-Simon, que, como gran aristócrata, detestaba la alcoba de la Maintenon que había suplantado la cámara de los nobles en los consejos reales, dice que ella había decidido las tres cuartas partes de los nombramientos, gracias y beneficios que repartían los ministros. Es posible que se equivocara en sus protegidos, pero no lo hacía por vanidad de su poderío ni para engrandecer a sus criaturas. Nunca defendió ella misma a sus candidatos. Daba a entender de antemano a los ministros cuáles eran las personas que ella prefería y que apoyaría en

REINADO DE LUIS XIV (1643-1715): FASE DESCENDENTE

1684	(4/6) Luxemburgo y Tréveris son ocupados por los franceses. (15/8) Armisticio de Ratisbona con el emperador y España.	1697	Paz de Ryswick: (20/9) entre Francia, Inglaterra, Holanda y España. Luis reconoce a Guillermo II como rey de Inglaterra y devuelve Luxemburgo y Cataluña a España.
1685	Luis XIV hace valer sus derechos sobre el Palatinado electoral. (22/10) Revocación del Edicto de Nantes en Fontainebleau: muchos hugonotes dejan el país.	(30/10) Entre Francia y el Imperio: Francia restituye Friburgo y Lorena; conserva Alsacia con Estrasburgo.	
1688	(24/9) Principio de la Guerra del Palatinado.	1698	(11/10) Primer tratado de reparto de la herencia española entre Inglaterra y Holanda.
1689	(marzo-mayo) El Palatinado es saqueado. (12/5) "Gran Alianza" contra Francia (Holanda, Inglaterra, el emperador).	1700	(15/3) Segundo tratado de reparto. Después de la muerte de Carlos II, Luis XIV proclama a Felipe de Anjou rey de España.
1690	El mariscal de Luxemburgo deshace a los holandeses en Fleurus.	1701	El príncipe Eugenio deshace a los franceses de Catinat en Carpi (9/7) y a los de Villeroi en Chiari (1/9).
1692	(31/5-1/6) La flota anglo-holandesa inflige una grave derrota a la francesa en La Hougue y Cherburgo. (3/8) Luxemburgo vence a Orange en Neerwinden. Inocencio XI se reconcilia con Luis XIV.		(7/9) Gran Alianza de La Haya contra Francia. Inicio de la guerra de Sucesión española.
1693	Paz separada con Saboya, que recupera Pignerol.	1701-1713	Guerra de Sucesión española: ruptura del predominio francés.



Juan Bautista Colbert, por Nattier (Museo de Versalles). La política financiera de Luis XIV estuvo sostenida por este economista francés, quien dedicó sus máximos esfuerzos a fomentar la industria y el comercio de su país.



Luis XIV, Colbert y los miembros de la Academia de Ciencias, por H. Pestelin (Museo de Versalles).

la nocturna conversación con el rey. Con arte y tacto ganaba los pleitos.

Así se gobernaba a Francia, el país más importante de Europa en el siglo XVII, con cuatro ministros-intendentes, un ministro femenino y un primer ministro que era el propio rey, quien, además de elegir a sus generales y embajadores, les daba instrucciones directas de su puño y letra o respaldaba con notas aclaratorias los despachos

que redactaban sus intendentes. En ocasiones era deplorable su intervención. Una vez el rey le dijo a uno de sus generales que conocía bien el mapa de Alemania, a lo que el subordinado repuso que una cosa era conocer aquel país en el mapa y otra conocerlo por haber peleado en su suelo.

Luis XIV trabajaba al menos nueve horas diarias; pero no podía abarcar los múltiples servicios del estado. La organización era defectuosa; los altos oficiales, que habían comprado sus cargos, no se consideraban parte de un engranaje administrativo y no cooperaban mutuamente. La falta de articulación se notaba sobre todo en tiempo de guerra. Si Francia escapó de verse vencida en tiempo de Luis XIV, es porque no pudieron ponerse de acuerdo sus enemigos. Las otras cortes de Europa, copias de Versalles, eran todavía peores que el original.

En la primera parte del reinado de Luis XIV, con la extremada pericia de Colbert y disponiendo de generales a la antigua, como Condé y Turenna, el rey pudo ensanchar algo sus fronteras y hacer ligeros avances en el Rin y el Palatinado. Aunque esto no era gran cosa, tan seguro sentíase Luis XIV de su engrandecimiento, que llegó a soñar en ser elegido emperador. La esperanza era muy remota, pero los territorios recientemente conquistados en el Rin le daban tal derecho, como príncipe del Imperio. Luis XIV casó al delfín con la hija del elector de Ba-



viera, porque éste se comprometió a presentarle como candidato al Imperio en la próxima elección.

Deslumbrado el papa por los éxitos del "Gran Monarca", le recomendaba una cruzada contra el turco, asegurándole que en tres campañas los franceses podrían apode-

rarse de Constantinopla y de las provincias del Asia Menor. El rey de Francia podría después resarcirse repartiendo coronas a sus hijos legítimos y bastardos.

¡Cuán diferente fue el curso de los acontecimientos! Al finalizar su reinado, Luis XIV se encontraba enfrentado con el papa y

LA DOMESTICACION DE LA NOBLEZA

A fines del siglo XVI, cuando terminan las guerras de religión y sube al trono el primero de los Borbones, Enrique IV, la nobleza de Francia conserva la mentalidad y todas las prerrogativas de la época feudal. Pero el nuevo monarca no tardó en dar muestras de su decidida voluntad de restablecer la autoridad real sometiendo el orgullo de los nobles, que en el gobierno de las provincias había llegado a ser como unos reyezuelos casi independientes: los lugartenientes generales del reino van a vigilar de cerca las actividades de los gobernadores y unos comisarios de inspección contribuirán a ejercer un severo control en todas las regiones del país. Naturalmente, esta tendencia autoritaria y centralizadora ("Ahora soy rey y hablo como rey y quiero ser obedecido", decía en 1599) choca con la oposición de la nobleza: los Parlamentos se resisten a aceptar el Edicto de Nantes, varios de sus antiguos compañeros, como el duque de Biron, a pesar de ser colmados de honores, conspiran contra el rey. Enrique IV será más fuerte que ellos y logrará someter a los Parlamentos y a los nobles rebeldes (el duque de Biron es ajusticiado en 1602); pero en 1610 el monarca muere asesinado, dejando un hijo de sólo diez años, Luis XIII, y durante la regencia de María de Médicis la nobleza recupera el terreno perdido.

Hasta la subida al poder de Richelieu, en 1624, los nobles llevan a cabo un gran esfuerzo para recortar la autoridad real, aprovechando la debilidad de la regente y la turbulencia de la época. "El tiempo de los reyes ha pasado, ha llegado el de los grandes", afirma orgullosamente uno de esos señores feudales que gobiernan a su antojo grandes territorios —como los Condes en la Borgoña o los Longueville en la Normandía—, cuentan con la fidelidad de masas campesinas y amenazan con continuas sublevaciones; frente al débil poder real, el príncipe de Condé o los duques de Nevers o de Soissons son casi pequeños monarcas dentro del reino. En 1614, los nobles obligan a que se reúnan los Estados Generales (los últimos que convoca la monarquía antes de los de 1789 que desencadenarán la Revolución), pero al no llegarse a ningún acuerdo, la situación se hace cada vez más anárquica, se producen motines y en 1626 la nobleza se subleva contra el rey, contando incluso con el apoyo de la reina madre. Poco después de que los rebeldes sean vencidos, empieza el reinado personal de Luis XIII, quien cuenta ahora con un genial primer ministro, el cardenal de Richelieu (un segundón de la

nobleza), que debía asestar un golpe mortal a su propia clase.

El ideal de Richelieu es una monarquía absoluta en la que el rey, "lugarteniente" de Dios sobre la tierra, asistido por un primer ministro que esté por encima de todo interés de partido, gobierne con mano firme a todos sus súbditos. Para ello era indispensable "humillar el orgullo de los nobles", como dice el mismo Richelieu en su *Testamento político*: ordena desmantelar sus castillos, últimos vestigios del poder feudal, hace frente a numerosos complots en los que toman parte la propia reina (Ana de Austria), la reina madre y el hermano del rey (Gaston de Orléans) y abate la arrogancia de los grandes señores a costa de hacer correr la sangre. La primera cabeza que cae es la del conde Chalais, ejecutado en 1626; al año siguiente es decapitado el conde de Montmorency-Bouteville por haber desobedecido las leyes contra el ducado; en 1632 muere en el cadalso el duque de Montmorency, quien había tratado de sublevar el Languedoc; todavía en 1642, el mismo año de la muerte del cardenal, se produce la conjura de un amigo de Luis XIII, Cinq-Mars, que termina con la ejecución de éste. Pocos meses después de la muerte de Richelieu (diciembre de 1642) moría Luis XIII dejando sentadas las bases de una monarquía absoluta.

Durante el período de la minoría de edad de Luis XIV, la política absolutista de Richelieu encuentra un digno continuador en el cardenal Mazarino, quien todavía tiene que capear el temporal de la llamada "Fronde de los Príncipes" (1650-1653), el último intento frustrado de la nobleza por imponerse al poder real. Una vez derrotado el príncipe de Condé, la autoridad del rey sale reforzada de esta prueba, y al morir Mazarino en 1661 y tomar en su mano Luis XIV las riendas del gobierno, todo está a punto para que se desarrolle el último acto de esta domesticación de la nobleza a la que asiste el siglo XVII francés. Progresivamente empobrecidos, alejados por sus prejuicios de casta de la industria y el comercio, los nobles siguen fieles a sus grandes ideales de honor y de gloria, y en un creciente proceso de inadaptación, cada vez encuentran rivales más fuertes en los burgueses enriquecidos que adquieren títulos nobiliarios con la compra de cargos públicos.

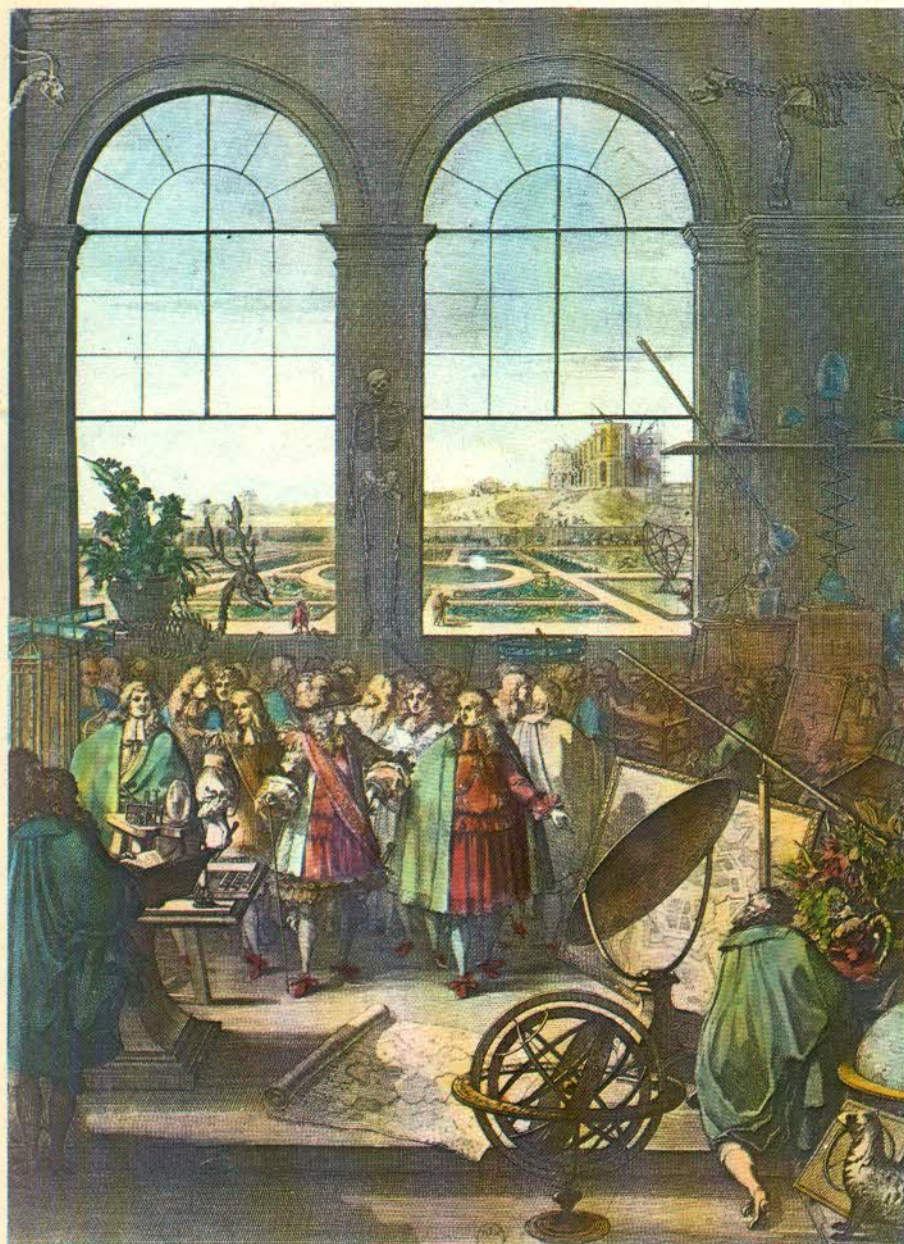
Para encadenar a la nobleza levantisca, Luis XIV se vale de la vanidad: los grandes señores se convierten en pocos años en los criados de lujo del monarca en la suntuosísima corte de Versalles, en la que los

nobles, lejos de sus propiedades y llevando un tren de vida tan brillante como costoso, se van arruinando y amansando, y sólo viven para solicitar humildemente honores, pensiones y cargos. El prestigio de esta corte, que deslumbra a toda Europa, hipnotiza al país entero, y todos están dispuestos a hacer los mayores sacrificios para poder ver al soberano, para que éste fije en ellos un momento su mirada, para que —favor supremo— de tarde en tarde les haga una pregunta trivial o les dirija unas palabras más o menos amables. Los hijos de los que, unos años atrás, levantaban tropas contra el rey, ahora se han convertido de buen grado en sus lacayos más sumisos y serviles, los primeros títulos del reino se disputan el honor de servirle los platos de su cena o de sostenerle la palmaria mientras se acuesta. Versalles se convierte así en "una máquina de domesticar a la nobleza y al alto clero" (Jacques Madaule).

Por otra parte, para terminar de reducir a la nobleza a una función decorativa, Luis XIV, siguiendo el ejemplo de Richelieu, se apoya en la burguesía, que carece del orgullo y de los prejuicios de los nobles, a quienes contrapesa eficazmente secundando muy bien la política absolutista del rey; así, de la clase media saldrán muchos de los hombres que más contribuirán a la glorificación del monarca, como Fouquet y Colbert, y, entre los escritores, La Fontaine, Racine, Molière, Bossuet, etc. Por eso el altivo duque de Saint-Simon hablará en sus *Memorias* de un "largo reinado de vil burguesía".

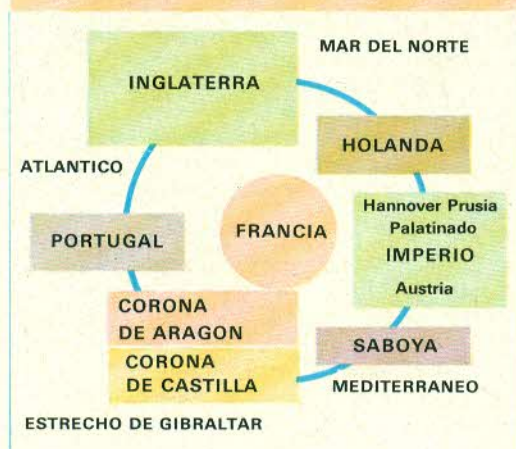
Cuando decline el fulgor del Rey Sol, no faltarán grupos de nobles que sueñen con restablecer una hegemonía efectiva de su clase, volviendo a un pasado, no muy lejano, anterior al rígido absolutismo de Luis XIV: tal parece ser el sentido de la camarilla que en los últimos años del reinado pone todas sus esperanzas en la posible ascensión al trono del duque de Borgoña, nieto del monarca; pero la muerte en pocos años de dos generaciones enteras de herederos de la corona desbarata los planes del grupo de Fénelon, Saint-Simon y sus amigos. En el siglo XVIII, la Historia correrá por otros cauces, y finalmente, la nobleza, al resistirse a aceptar cualquier tipo de reforma o evolución y obligar a convocar los Estados Generales de 1789, provocará el estallido revolucionario que será su ruina.

C. P.



Luis XIV visita el Observatorio, en grabado de Leclerc (Biblioteca Nacional, París).

**GUERRA DE SUCESION A LA CORONA DE ESPAÑA:
LA COALICION CONTRA LUIS XIV
Y EL CERCO GEOGRAFICO**



amenazado por una coalición de casi toda Europa. Aquella Francia tan arrogante y belicosa constituía un peligro para todo el mundo.

La causa inmediata de la Gran Alianza, como se llamó a la coalición de Alemania, Inglaterra, Holanda y Saboya contra Francia, que sólo contaba con el apoyo del elector de Baviera, fue el intento de desmembrar a España. El asunto revela de tal manera las costumbres políticas y la diplomacia de la época, que vale la pena dedicarle algunos párrafos.

Mucho antes de morir el último infeliz vástago de la casa de Austria en España, el imbécil Carlos II el Hechizado, ya Luis XIV había concertado con otros pretendientes el reparto de los territorios españoles en Italia y en los Países Bajos. España, a la muerte de Carlos II, tenía que quedar reducida a la península y a las colonias que poseía en el Nuevo Mundo. Con el resto había botín más que suficiente para satisfacer enteramente a todos los ambiciosos de Europa que tenían puestas en España sus miras. Holanda recibiría la mayor parte de los Países Bajos. Francia mejoraba su cinturón fronterizo por aquel lado tan sólo con algunas plazas, pero se quedaba en cambio con Guipúzcoa y con Nápoles y Sicilia. El emperador recibía el Milanesado. Inglaterra se contentaba con Dunkerque, Ceuta, Gibraltar, Mahón, Orán y La Habana. Por fin, el hijo del elector de Baviera recibía "solamente" la corona de España y sus posesiones de ultramar.

Todo esto se pactaba casi en público, sin que los españoles tuviesen voz ni voto en las negociaciones. Mas para llevar a cabo este reparto era necesario que el Hechizado muriese sin testar; y he aquí que un mes antes de morir, los nobles del Consejo de Castilla, impulsados por el cardenal Portocarrero, lograron que el Hechizado firmara un testamento declarando sucesor al duque de Anjou, nieto de Luis XIV. Confiaban en que la misma malicia que había obligado a Luis XIV a proponer el reparto de los territorios españoles le obligaría a defenderlos si el rey de España era uno de sus retoños. Cuando llegó a Versalles la noticia del testamento del Hechizado, el rey convocó Consejo extraordinario, como siempre en la cámara de madame de Maintenon, donde escuchó a sus ministros sin decir nada hasta entrada la noche. Al día siguiente, en una reunión de los príncipes de la sangre, Luis XIV declaró que aceptaba el testamento del Hechizado. Entonces el embajador español, marqués de Castellidosrius, pronunció la famosa frase: "¡Ya no hay Pirineos!". En seguida se envió un correo para anunciar a los españoles que Francia



Luis XIV, por Rigaud (Museo del Louvre, París). En este cuadro aparece el rey francés con toda la pompa de que era capaz el barroquismo y el absolutismo.

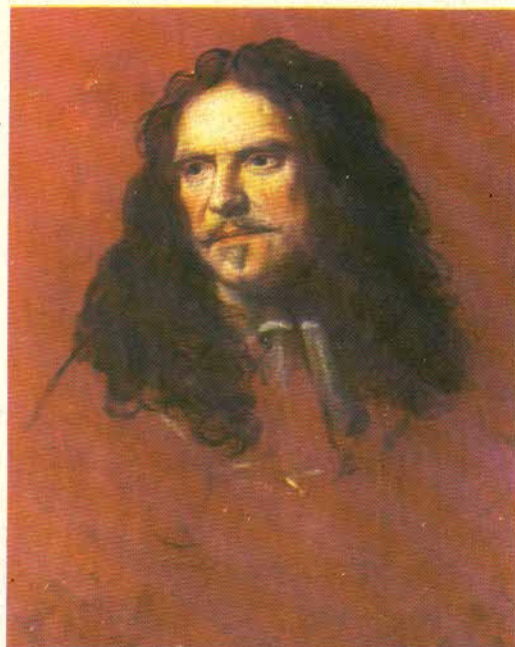
aceptaba la herencia que le otorgaba Carlos II todavía moribundo.

Sin embargo, había razones para rehusar tal herencia. De tener la seguridad de que se procedería al reparto de los territorios españoles según estaba convenido de antemano, es muy probable que Luis XIV se hubiera satisfecho con su parte. Era evidente que la aceptación de aquella herencia provocaría un conflicto europeo, pues nadie podía tolerar que en Francia y España reinase una misma familia. Por otra parte, si el duque de Anjou (o más bien Luis XIV) rehusaba el testamento del Hechizado, la guerra se desencadenaría igualmente, pues el emperador no querría conformarse con la parte de los territorios españoles que con la corona de España recaerían en su hijo segundo el archiduque. Y guerra por guerra era prefe-



Françoise d'Aubigné, marquesa de Maintenon, por Ferdinand Elle (Museo de Versalles).

El mariscal Turena (Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena), por Lebrun (Museo de Versalles). Este gran militar al servicio de Francia desde 1630 se distinguió en las luchas contra imperiales y españoles; intervino en la guerra de los Treinta Años y en la Fronda acató al cardinal Mazarino. Derrotó a su rival Condé y con sus conquistas en Flandes preparó la paz de los Pirineos. Bajo Luis XIV realizó extraordinarias campañas en el Rin. Murió en el combate de Sasbach.



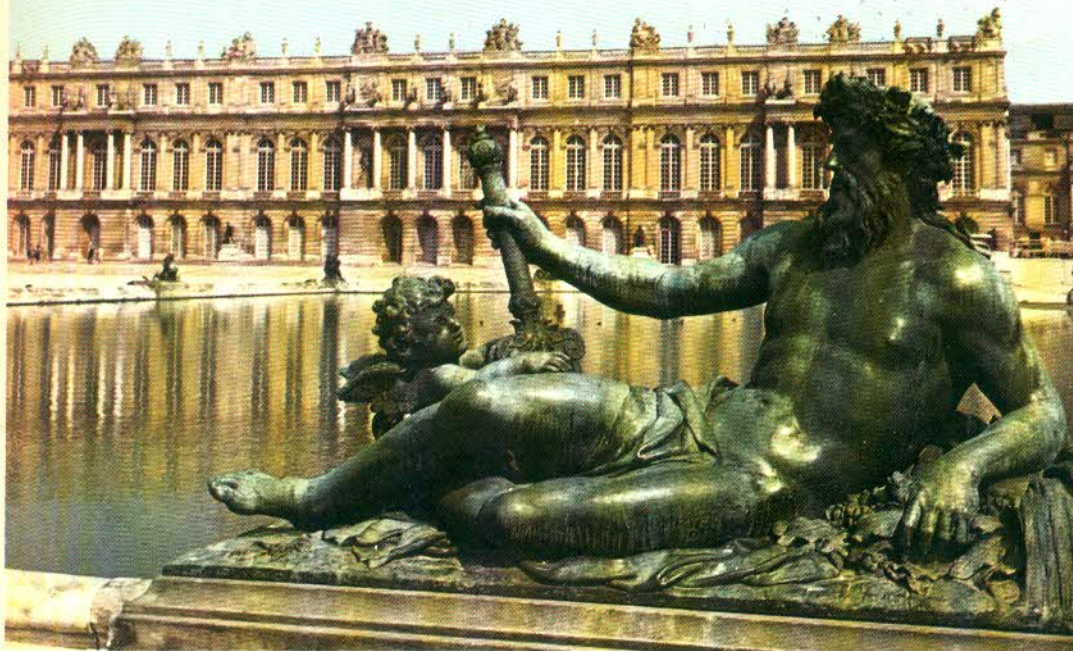
Entrada de Luis XIV y de María Teresa en Arras, por A. F. van der Meulen (Museo de Versalles). En la campaña de Flandes de 1667, el rey francés y su esposa entraron en Arras, ciudad en la que el ingeniero Vauban construyó sus primeras fortificaciones. El rey y su hermano van, a caballo, detrás de la carroza en que viaja la reina.

rible provocarla aceptando una herencia que pondría a España del lado de Francia. La guerra duró de 1701 a 1714. Se peleó en los Países Bajos, en Baviera, el Milanesado y España. Hubo batallas fatales para ambas partes. Los franceses rindieron un ejército entero en Baviera, en la batalla de Blenheim, y los coligados perdieron dos ejércitos en las batallas de Almansa y Villaviciosa. Cataluña se puso al lado de los coligados. Madrid fue evacuado dos veces por la corte borbónica. Por el Norte, la frontera francesa retrocedió

hasta Lille y hubiera sido relativamente fácil llegar hasta el mismo París. Pero en 1711 moría el emperador José I y la corona recaía en el pretendiente austriaco Carlos, con lo que se volverían a unir España y el Imperio. ¡Qué tremendo conflicto!

Finalmente, se concertó la paz llamada de Utrecht, en 1713. Es interesante que en el artículo XIII de aquel tratado, el rey Borbón de España concedía amplia amnistía a los catalanes y además "los privilegios de que gozaban los castellanos, de todos los pueblos españoles el que el rey quería más". Es decir, que los Borbones les reconocían a los catalanes el beneficio de unos privilegios, pero no los suyos, no sus "fueros", sino los que gozaban los castellanos. Por esto Barcelona no sucumbió hasta un año después de firmarse el tratado; su resistencia se calificaba de "obstinación" hasta en Inglaterra. La armada inglesa (durante la guerra favorable a los catalanes) en 1713 tenía órdenes de acabar con la "confusión" de Barcelona, en el caso de que no hubieran bastado los ejércitos y armadas de los Borbones. Naturalmente, la paz de Utrecht se hizo a base de que España pagara todas las consecuencias. El Milanesado, los Países Bajos españoles, Nápoles y Cerdeña quedaron para el emperador. Gibraltar, Menorca, Terranova y las provincias marítimas del Canadá (estas dos últimas posesiones francesas) se dieron a los ingleses. Saboya recibió la isla de Sicilia. Como se ve, poco más o menos el mismo reparto concertado antes del testamento del Hechizado.





El palacio de Versailles proclama la gloria de Luis XIV. Iniciadas sus obras por Le Veau, fueron continuadas por Dorbay y Mansart. En su decoración intervinieron los mejores pintores y escultores de la época, y Le Nôtre proyectó y realizó los magníficos jardines.

El primer Borbón español, duque de Anjou, que en España se llamó Felipe V, era un muchacho inteligente, pero tan abúlico, que alguna vez que tomó parte en acciones militares, no se movía ni aun en momentos de peligro. Estaba casado con una princesa de Saboya, casi niña y escrofulosa en extremo. Pero la que dirigía los negocios del estado era una francoitaliana, la princesa de los Ursinos, amiga de la Maintenon. El jefe del ejército francés en España decía que la *Generala* (la Maintenon) estaba en Versalles y la *Capitana* (la Ursinos) en Madrid. Cuando murió de sus escrófulas la primera esposa de Felipe V (la *Saboyana*, como se la llamaba en Madrid), la princesa de los Ursinos entretuvo al rey procurándole cinco compañeros de caza y de diversión con el título de “entretenedores reales”. Mientras tanto, la de Ursinos casaba al rey, por poderes, con una princesa de Parma, Isabel Farnesio, sin consultarlo siquiera con la corte de Versalles. Esto pareció ya demasiado a la Maintenon, y la nueva reina llegó con el propósito de desembarazar al Borbón de España de la antigua consejera. Isabel Farnesio y la de Ursinos se encontraron en Jdraque, y allí, en lugar de recibir las gracias de la nueva reina, la princesa de los Ursinos recibió la orden —que venía, naturalmente, de Versalles— de partir para la frontera, sin tiempo siquiera de cambiarse de traje.

La guerra de Sucesión, que más que guerra fueron cuatro conflictos bélicos a la vez, arruinó por completo a Francia y evidenció la tremenda desorganización a que la había conducido el poder personal. Si Enrique IV tenía algo de razón al condenar los parla-

mentos a la antigua, el régimen de un monarca absoluto demostró ser todavía peor. Los nobles franceses, que en el pasado habían salvado a la nación con sus energías y aptitudes directivas, se manifestaron corrompidos y enervados después del tratamiento recibido en Versalles. El rey nombraba a sus hijos bastardos, como figuras decorativas, para “dirigir” los cuatro frentes de combate; pero los mariscales, que tenían que planear las campañas y dirigir las batallas, eran tan vanos e incapaces como sus “superiores”, que no se movían de la corte.

Luis XIV en el Salón de la Guerra de Versalles, por Coysevox (Castillo de Versalles).





Carlos II de España, por Claudio Coello (Museo del Prado, Madrid). La sucesión del último monarca español de la casa de Austria daría ocasión para que Francia abatiera definitivamente a su rival. La herencia de la aún inmensa monarquía española permitiría que Francia aspirara a conseguir el dominio mundial, pero la reacción que ello provocaría en Europa lo impediría.

Reconocimiento de Felipe de Anjou como rey de España y homenaje prestado por el embajador español en la corte de Francia, marqués de Castelflosrías (Biblioteca Nacional, París).



Saint-Simon en sus *Memorias* dice que el rey gustaba de dar paradas militares para demostrar a las damas que sabía táctica. Explica con detalles repulsivos la parodia de un sitio de Compiègne. En una eminencia se colocó la silla de manos de madame de Maintenon, que escuchaba desde dentro los comentarios del soberano. Luis XIV, de pie, se bajaba para hablar por la ventanilla. El sitio, según cuenta Saint-Simon, debía acabar con la escena final de la retirada de los "sitiadores"; pero el que mandaba el ejército "derrotado" no se resignó a retroceder como estaba convenido hasta que llegaron órdenes terminantes del rey, porque no quería darse por vencido delante de la corte... "El día fue espléndido y el monarca dejó el campo satisfecho", dice Saint-Simon. Pero una cosa era hacer paradas y simulacros de ataque delante de las damas y otra desprenderse de los movimientos envolventes de Marlborough y del príncipe Eugenio en las llanuras de Flandes y del Milanesado.

Una vez expuesto el régimen de Versalles, con sus imitaciones en casi todas las demás cortes de Europa, cabe preguntar qué reacción provocó aquel ambiente político en los espíritus cultivados, que, según dijimos, abundaban entonces en Francia. Respuesta completa a ello dará el próximo capítulo; pero de momento podemos anticipar que hubo en Francia entonces suficientes asuntos para discutir, sin tener que entremeterse con



Batalla de Villaviciosa, por Alaux (Museo de Versalles). Esta batalla fue decisiva en la fase peninsular de la guerra de Sucesión española. En ella, las fuerzas hispano-francesas, al mando de Felipe V y del duque de Vendôme, derrotaron a las hispano-austriacas del pretendiente Carlos de Habsburgo.



Felipe de Anjou, el nieto de Luis XIV sobre quien recayó, por testamento de Carlos II, la corona de España, donde reinó con el nombre de Felipe V. La aceptación por Luis XIV de tal testamento desencadenó la guerra de Sucesión de España.



Inauguración de la capilla del Hôtel des Invalides por Luis XIV el día 28 de agosto de 1706, por Pierre-Denis Martin el Joven (Museo Carnavalet, París). Este establecimiento lo creó Luis XIV para asilo de los mutilados de guerra. El edificio lo proyectó Libéral Bruant, y la capilla, Jules Hardouin-Mansart.

Jean de Lafontaine, por H. Rigaud (Museo del monasterio de Montserrat).



los peligrosos problemas del poder personal del monarca. Los literatos se entretuvieron en discusiones de estética y retórica. Se dio la batalla entre los que pretendían defender la Academia contra la Pedantería y el Galimatías, y la batalla entre Antiguos y Modernos; si se había de imitar a los poetas griegos y romanos o a los italianos y españoles. Se debatió si el arco de Luis XIV (Porte Saint-Martin) tendría su inscripción

en francés o en latín. La estética de la época encontró su legislador en Boileau. Este, en una *Arte Poética*, imitación de Horacio, declama que hay que reflexionar, raciocinar ante lo que sugiere la inspiración. Hay que imitar a los antiguos, porque, según Boileau, ellos supieron descubrir las cosas grandes de la naturaleza y del hombre. Pero al tratar de explicar lo que hay de grande en la naturaleza y en las obras de los hombres, Boileau se pierde en confusiones mal disimuladas: "Sea natura vuestro único estudio". Y añade: "Estudiad la corte, conoced la ciudad". Los poetas y artistas han de ir a Versalles —la corte— y han de aprender de París —la ciudad—. Allí encontrarán Atilas, Brutos, Césares, Cides y Alejandro, por lo menos en el teatro de Corneille y de Racine. Boileau no es un gran entusiasta de Molière. Prefiere a Terencio. ¡Pobre Molière, digno hermano de Shakespeare y Cervantes! El nos dio el eterno *Avaro*, el eterno *Tartufo* o hipócrita religioso, el eterno *Enfermo imaginario* o neurasténico. Molière y Lafontaine con sus *Fábulas*, tan francesas de lenguaje y tan universales por su belleza, son los dos grandes artistas de la época. Racine y Corneille, por su ritmo pomposo, lograron efectos que hacen creer que Boileau tenía razón y que los franceses logran belleza y grandeza raciocinando. Pero fuera de Francia preferimos a Molière.

La frase tersa, tan sencilla y al mismo tiempo tan poética de Lafontaine nos admira incluso a los que no somos franceses. No

concebimos que se puedan decir las cosas mejor. La filosofía de las fábulas será popular, hasta vulgar si se quiere, pero los versos de Lafontaine la enuncian con melodiosa dicción.

No había tampoco necesidad de entremeterse en discusiones de ciencia política, de absolutismo y parlamentarismo, porque sobraban materias de disputa en el campo de la religión. Coleaba aún la cuestión de los hugonotes. Para un temperamento como Luis XIV, la libertad espiritual que reclamaban los protestantes debía contener la amenaza de convertirlos en rebeldes políticos. Poco a poco se les fueron disminuyendo prerrogativas. El edicto de Nantes no decía

nada de los hijos. Se les obligó a educarlos católicamente. Se ordenó a las comadronas que bautizaran a los recién nacidos de hugonotes. Un intendente propuso raptar a los hijos de aquellos protestantes, educarlos en conventos y colegios y después devolverlos "para que pudiesen convertir a sus padres". Muchos hugonotes emigraron; y a los que permanecieron en Francia se les impuso la servidumbre de alojar a soldados, que tenían órdenes de procurar la mayor molestia posible. Son las "dragonadas". Por fin, en el año 1685 se revocó el edicto de Nantes, y los no convertidos fueron enviados a presidio o a galeras. Esta medida parecía justificada por la doctrina de algunos prelados:



Onza de ocho escudos de Felipe V de España acuñada en México en 1745 (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

LA ESTETICA LUIS XIV

En la Francia de Luis XIV, todos los aspectos de la vida del país están rigurosamente controlados y dirigidos para que converjan en la exaltación de la idea misma de la monarquía absoluta, identificada con la persona del propio rey; nada puede dejarse al azar, a la libertad de la "inspiración", que se supone degenera en el desorden y en la anarquía; todo debe orientarse para mayor gloria de esta idea unitaria. Y las artes y las letras, reafirmando en la tendencia ya iniciada por Richelieu, pasan a ser simples resortes que manipula el poder absoluto en beneficio de una imagen absorbente y majestuosa de la realeza.

El molde en el que se encaja la estética recibe el nombre de "clasicismo", término que se presta a graves equívocos, dado que es una adaptación muy peculiar de los ideales de belleza de la antigüedad greco-latina supuestamente tomados como modelo máximo. En realidad, lo que se busca es, más que un acercamiento a unos principios estéticos del pasado, unas fórmulas de pretendida intemporalidad que sugieran un estado de cosas inaccesibles a todo cambio histórico. La historia y el tiempo quedan abolidos, proscritos, condenados, el arte debe ser intemporal y universal, equilibrado y "razonable", como para reflejar una idea superior e inmovilista del universo.

En las artes plásticas, el barroco de origen italiano, plenamente vigente en la época de Luis XIII, será sustituido paulatinamente por un estilo más lineal que se inspira en las obras de la antigüedad: el nuevo Versalles de Luis XIV es todo línea recta, edificios, fuentes, jardines, salones y escaleras, todo trazado a cordel, ordenado y simétrico, bellamente frío y majestuoso, como símbolo e imagen de un orden universal, eterno e invariable, del cual la monarquía absoluta es un eco sobre la tierra. La gran columnata del Louvre —en la que Claude Perrault sustituyó al italiano Bernini, el gran maestro barroco—,

las residencias reales de Versalles y Marly, los Inválidos de París, etc., representan en la arquitectura ese afán de norma y de equilibrio que domina todo el arte de la época.

Un arte sujeto a reglas, disciplinado, noble y solemne, destinado a corregir los "errores" de una naturaleza esencialmente irregular y "desordenada". En vez de un bosque —o de los jardines a la inglesa, que gustan de imitar el desorden de la naturaleza—, los jardines geométricos de Le Nôtre, admirables de composición, pero monótonos y aburridos; en vez de los cabellos naturales, una cuidada peluca que, por el imperio de la moda, uniformizará todas las cabezas masculinas del reino; en vez del habla llana y directa, tan propia de Enrique IV por ejemplo, la pulida corrección de una lengua cortés y educada hasta la misma incapacidad de aludir claramente a las cosas. Toda la estética Luis XIV respira aversión —y sobre todo miedo— a lo natural, que hay que vestir, dominar, limar y edulcorar a toda costa; pese a lo cual en teoría se profesaba un verdadero culto a "lo natural".

Este elogio de "lo natural", que, según un autor, cuando lo alejamos, vuelve al galope, se entendía como contraposición a lo rebuscado y enfático; no se trata de una naturaleza en estado virgen, sino domesticada, civilizada, dispuesta según ciertas reglas razonables que dependen del "buen gusto" y del "sentido común". Natural era un mueble de Boulle, que hoy nos parece bello pero recargadísimo; un verso de La Fontaine, que hoy nos parece ingenioso y perfecto en sí mismo, pero corto de alcances; un cuadro de Charles Le Brun, que hoy consideraríamos estudiado y frío. Esta noción se oponía a la arbitraria frondosidad decorativa del barroco, en el que todo parece depender solamente del capricho de cada artista. Pero transigir en materia de caprichos —aunque sean estéticos— era sentar un principio peligroso: tal vez si se acepta la individualidad en el arte,

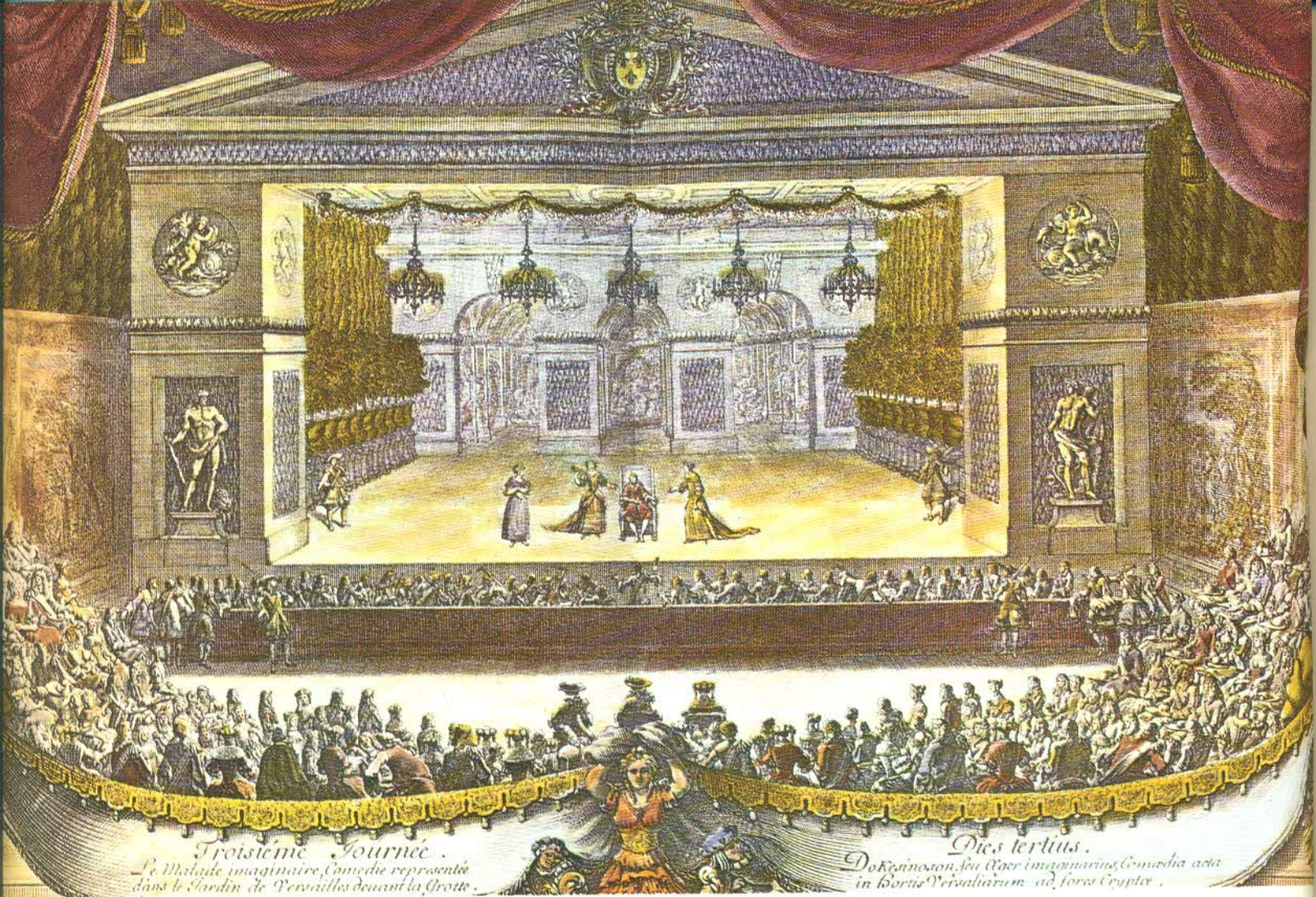
desde el punto de vista de la época se está al borde de aceptar la opinión individual, libre iniciativa en otros terrenos inadmisibles.

También el arte y las letras deben, pues, supeditarse a unos modelos superiores y eternos, intemporales (el "buen gusto", la "razón", el magisterio de los "antiguos" que encarnan las Academias, fundadas, controladas y dirigidas por el estado), que se supone están en la naturaleza misma. De este modo se atan todos los cabos: sólo hay una norma, no hay más que un criterio, como sólo hay un mecenas, el rey, que encarga palacios y jardines, estatuas y cuadros, que es incensado y defendido por Bossuet, que nombra historiadores reales a Racine y a Boileau, y contrata como organizador de las fiestas cortesanas a Molière; Racine se sentirá orgulloso de ser su criado, Boileau dedicará odas pindáricas a sus triunfos militares, La Fontaine dedicará sus *Fábulas* al Delfín...

En realidad, el llamado "clasicismo" francés de la era de Luis XIV es una amalgama de clásico y de barroco; un arte solemne —pero no severo, como lo era el de Luis XIII—, aparatoso y teatral, artificioso siempre en nombre de la naturalidad, camuflando las formas más exacerbadamente barrocas (piénsese en la decoración de interiores, en la indumentaria, en la escenografía, etc.) bajo una cuidada factura, lisa y armoniosa en su conjunto.

Pocas veces el antiindividualismo por razones de estado llegó tan lejos, pocas veces fue tan escasa la libertad del artista, agobiadoramente presionada y condicionada por un gusto oficial que apenas admitía escapatoria. El resultado fue un arte sistemático y correcto, púdicamente distanciado de toda realidad concreta, a veces elegante, fino o grandioso, casi siempre abstracto y más bien frío.

C. P.



Representación, ante la corte de París, de "Le malade imaginaire" de Molière. Con Racine y Corneille, Molière forma la trilogía de los grandes dramaturgos del siglo de Luis XIV.

"Dios hace reinar a los reyes sobre la tierra —dice Bossuet, obispo de Meaux— para que los reyes católicos hagan reinar a Dios con las leyes y la fuerza". En cambio, Fénelon, obispo de Cambrai, preceptor del hijo del delfín, encontraba poco cristiana la política del Rey Cristianísimo.

Otro "entretenimiento" de los cortesanos de Luis XIV fue la lucha de la Iglesia de Francia con la curia romana. Más de sesenta obispos franceses habían firmado unas declaraciones (condenables según Roma), llamadas los *Cuatro Artículos*. Por los tres primeros se reconocían los derechos del papa en materias de dogma; pero por el cuarto se insinuaba que el rey tenía el derecho de gobernar los asuntos temporales de la Iglesia en el país. El rey pretendía nombrar los obispos, pero el papa reclamaba el derecho de aprobación. ¿Había de ser galicana o romana la Iglesia católica de Francia? Unos decían: "Seamos gallos, no gallinas"... Pero no hubo más remedio. Los obispos que habían firmado los *Cuatro Artículos* tuvieron que retractarse. Luis XIV quería ser absoluto en Francia y no quería que el papa lo fuera en Roma. Los agentes

de Luis XIV en Roma decían al papa: "Roma es una República compuesta de todas las naciones del mundo; y basta haber sido bautizado y ser católico para pertenecer a ella y aun gobernarla". La disputa duró desde 1682 hasta 1693. Francia no fue romana ni galicana.

Ciertas gentes de iglesia recibieron, como todos los demás, la influencia de Versalles. Saint-Simon explica que en una tertulia de cortesanos le hicieron creer a uno que el autor del *Padrenuestro* era Moisés, y otro dijo que todos los crucifijos debían ser obra de un mismo autor, que se firmaba Inri. En lugar de teólogos, Versalles produjo predicadores retumbantes y confesores acomodaticios. Apareció el tipo nuevo del "casuista", que podía diagnosticar pecados y calificarlos de veniales y mortales y sobre todo tranquilizar a los pecadores con su jerga untuosa —casi una receta—, donde se mezclaban grandes dosis de la gracia divina con pequeñas dosis de penitencia. Los manipuladores de estos tratamientos de confesonario perfumado y amable fueron sobre todo los jesuitas. Para tranquilizar a las gentes llenaron sus iglesias de guirnaldas, angelitos o cupi-

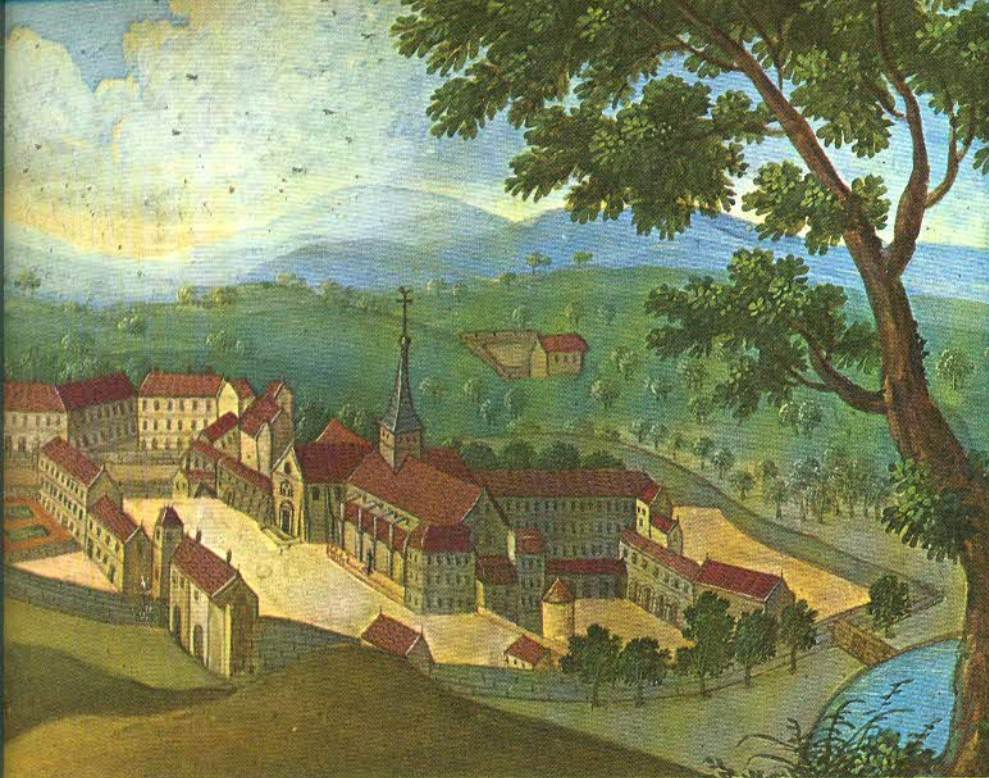
dos, lazos, festones, bordados y cresterías. Ya san Ignacio había recomendado no espantar a los pecadores con las exageraciones de las dificultades de su salvación; pero algunos jesuitas del siglo XVIII extremaron el régimen de abrazar a la oveja descarriada y de hacer festín cada vez que el hijo pródigo se arrodillaba ante el confesonario. El con-

fesor de Luis XIV, el jesuita padre La Chaise, al reprocharle el rey por su benignidad, contestaba que él como confesor era justo, y el rey demasiado exigente y duro consigo mismo.

Pese a escoger a sus confesores entre los jesuitas, Luis XIV no era monarca para dejarse influir por ellos. Se dijo que en los

"LE GRAND SIÈCLE" DE LA LITERATURA FRANCESA

Acontecimientos literarios	Pierre Corneille	Jean Racine
1603 "Ariane", de Hardy.		
1605 "L'Ecosaise", de Montchrestien.		
1609 Nacimiento de Rotrou.	1606 Nacimiento.	
1610-1619 "L'Astrée", de H. d'Urfé.		
1617 "Pyrame et Thisbé", de Th. de Viau.		
1618-1652 L'Hôtel de Rambouillet.		
1622 Nacimiento de Molière.	1628-1650 Corneille, abogado en Ruán.	
1628 Muerte de Malherbe.	1629 "Mélite".	
1634 "Sophonisbe", de Mairet.	1634 "La Suivante", "La Place Royale".	
1635 Fundación de la Academia Francesa.	1635 "Médée".	
Nacimiento de Quinault.		
1636 Nacimiento de Boileau.	1636 "L'illusion comique", "Le Cid".	
1637 "Discours de la Méthode", de Descartes. "Sentiments de l'Académie française sur le Cid".		1639 Nacimiento.
	1640 "Horace", "Cinna".	
	1643 "Polyeucte", "La mort de Pompée", "Le menteur".	
1646 "Saint-Genest", de Rotrou.	1646 "Héraclius".	
1650 Muerte de Rotrou.	1650 "Don Sanche d'Aragon".	
	1652-1659 Corneille se retira a Ruán.	1655-1658 Racine en Port-Royal.
1657 "La Pratique du Théâtre", del Abbé d'Aubignac.		
1659 "Les Précieuses ridicules", de Molière.	1659 "Oedipe".	
1660 Primeras sátiras de Boileau.	1660 "Examens et Discours sur la tragédie".	1660 "La Nympe de la Seine".
1663 "Astrate", de Quinault.	1663 "Sophonisbe".	1661-1662 Racine en Uzès.
	1664 "Othon".	1663 Retorno a París.
1666 "Le misanthrope", de Molière.	1666 "Agésilas".	1664 "La Thébaïde".
	1667 "Attila".	1665 "Alexandre".
1668 Primeras fábulas de Lafontaine.		1666 Ataque de Racine a sus antiguos maestros de Port-Royal.
1670 Primeras epístolas de Boileau.	1670 "Tite et Bérénice".	1667 "Andromaque".
	1671 "Psyché", en colaboración con Molière.	1668 "Les Plaideurs".
1673 Muerte de Molière.		1669 "Britannicus".
1674 "L'Art poétique", de Boileau.		1670 "Bérénice".
		1672 "Bajazet".
1688 Muerte de Quinault.	1684 Muerte de Corneille.	1673 "Mithridate".
		1674 "Iphigénie".
1695 Muerte de Lafontaine.		1677 "Phèdre". Racine abandona el teatro y se reconcilia con Port-Royal.
		1677-1695 Racine, historiógrafo de Luis XIV.
		1689 "Esther".
		1691 "Athalie".
		1699 Muerte de Racine.



La abadía de Port-Royal-aux-Champs antes de que se procediera a su demolición (Museo de Versalles).

Socorros que se entregaban a los necesitados en la puerta de la abadía de Port-Royal (acuarela de Madeleine de Boulongue en el Museo de Versalles).

últimos años de su vida había sido admitido como socio laico de la Compañía para beneficiarse de sus privilegios en la hora de la muerte; pero esto no consta de modo seguro. Además, madame de Maintenon, por su origen calvinista, tendía más a favorecer las corrientes galicanas de la Iglesia, representadas por el alto clero francés,



que las injerencias romanas representadas por los mismos jesuitas.

Los mejores espíritus de la Iglesia de Francia en este tiempo fueron resueltamente galicanos, esto es, partidarios de una moderada autonomía con respecto a la curia papal en asuntos temporales. Para reforzar su posición y excusar el deplorable estado actual de la Iglesia, algunos abates y prelados se dedicaron con ardor a trabajos de erudición e historia eclesiástica. Del tiempo de Luis XIV son los trabajos de Mabillon, de Pedro Marca, de Baluze y tantos otros que establecieron los métodos de la diplomática y la paleografía modernas. Pero esto no bastaba. El entretenerse con la Historia, tratando así de olvidar los problemas de la salvación, gracia, predestinación, redención, etc., no satisfacía a los más exaltados.

Algunos espíritus escrupulosos dentro del catolicismo se refugiaron en una especie de fraternidad religiosa agrupada alrededor de la abadía de Port-Royal. Esta era una antigua abadía de monjas, cerca de París, reformada por su abadesa, de la gran familia de los Arnould. El parentesco o amistad de esta monja mística atrajo a varios nobles descontentos de la Iglesia y de la corte que se retiraron a vivir en torno de Port-Royal. Tenían allí pobres, pero cómodas chozas, donde vivían individualmente, continuando sus estudios y devociones. La categoría de los "señores" de Port-Royal, muchos de ellos nobles y todos más o menos eruditos, hizo temer que de allí saliera otro intento de reforma dentro de la Iglesia galicana, que podía alterar la paz de las conciencias, obtenida, al fin, con la moral caustica.

En realidad no había razón de alarmarse. Los "señores" de Port-Royal (como ellos mismos se llamaban) eran de temperamento aristocrático, sin intención de hacer prosélitos. No llegaron a organizarse en comunidad religiosa; no tenían la misma formación intelectual ni sentían el impulso del misionero y casi desdeñaban el trato de las gentes. Tenían una hospedería cerca de la casa sucursal de las religiosas de Port-Royal en París; pero la relación entre los grupos de monjas y "señores", tanto en Port-Royal como en París, era de exquisita elevación moral. Las monjas de Port-Royal tenían visiones, se curaban por milagros de reliquias. Los "señores" habían resucitado la doctrina de la predestinación y de la gracia, que creían por redescubrir, olvidada en los escritos de san Agustín. Tal fue el motivo para combatir a Port-Royal. Uno de los "señores", cierto Saint-Cyran, había aceptado lo más condenable del libro *Augustinus*, de Jansenio, donde



Cornelius Jansen, llamado Jansenius, en un grabado de E. J. Desrochers (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Este obispo de Ypres había escrito la obra "Augustinus", que contenía proposiciones que se consideraban heréticas y que dio origen al movimiento jansenista. Los señores y religiosas de Port-Royal fueron acusados de jansenismo y, aunque lo negaron siempre, la abadía fue ocupada y luego destruida.

se exponían en detalle las opiniones de san Agustín sobre la gracia y la salvación. El *Augustinus* es un terrible infolio que nadie lee, y que casi podemos afirmar que nadie leyó en su tiempo. Algunos de los "señores" y monjas de Port-Royal decían que no lo habían leído. Pero los jesuitas, o sus colaboradores, llegaron a encontrar en el *Augustinus* de Jansenio cinco proposiciones heréticas, y los "señores" de Port-Royal, por otras razones más que por defender el *Augustinus*, respondieron que las cinco proposiciones eran ciertamente condenables, pero que no estaban en el *Augustinus*. Sin embargo, el *Augustinus* fue condenado, y aunque

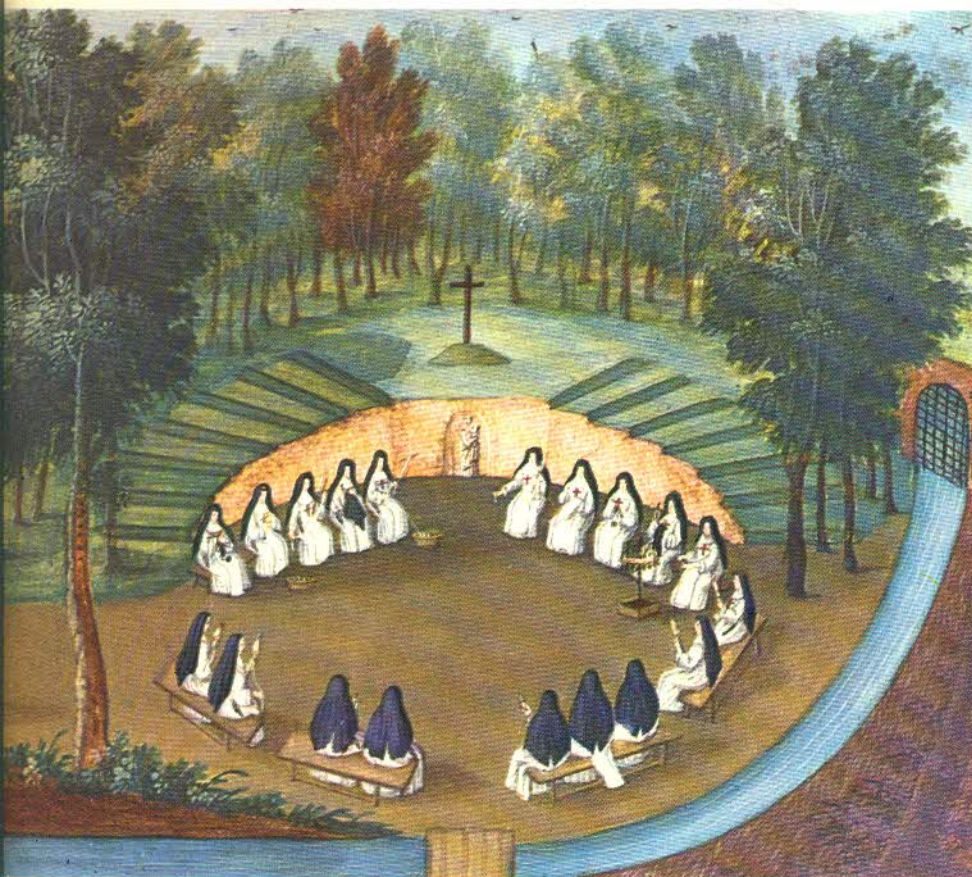
Jansenio nunca estuviera en Port-Royal (fue obispo de Ypres) y en aquella época estaba ya muerto y enterrado, a las monjas y "señores" de Port-Royal se les acusó de jansenistas. Tanto los jesuitas como Versalles vieron jansenistas en todos los que no se conformaban con la moral casuística. Uno de los jansenistas, el consejero Arnauld, que era hermano de la abadesa de Port-Royal, protestó por escrito y fue excluido inmediatamente de la Sorbona.

A tres siglos de distancia podemos hoy juzgar mejor a Port-Royal que los ministros de Luis XIV y los jesuitas que les aconsejaban. En el dominio de las ideas representa



GRANDES FIGURAS DE LA PINTURA BARROCA EUROPEA (SIGLO XVII)

Annibale Carracci	1560-1609	Louis Le Nain	1593-1648	Philippe de Champagne	1602-1674
Francisco Ribalta	1564-1628	Georges de La Tour	1593-1652	REMBRANDT VAN RIJN	1606-1669
CARAVAGGIO	1573-1610	Jacob Jordaens	1593-1678	David Téniers	1610-1690
Guido Reni	1575-1642	NICOLAS POUSSIN	1594-1665	BARTOLOME ESTEBAN MURILLO	1618-1682
PEDRO PABLO RUBENS	1577-1640	Pietro da Cortona	1596-1669	Juan de Valdés Leal	1622-1682
Frans Hals	1580-1666	FRANCISCO DE ZURBARAN	1598-1664	Vermeer de Delft	1632-1675
Il Domenichino	1581-1641	ANTON VAN DYCK	1599-1641	Meindert Hobbema	1638-1709
Simon Vouet	1590-1649	DIEGO VELAZQUEZ	1599-1660	Andrea Pozzo	1642-1709
JOSE DE RIBERA	1591-1652	CLAUDE LE LORRAIN	1600-1682		
IL GUERCINO	1591-1666	Alonso Cano	1601-1667		

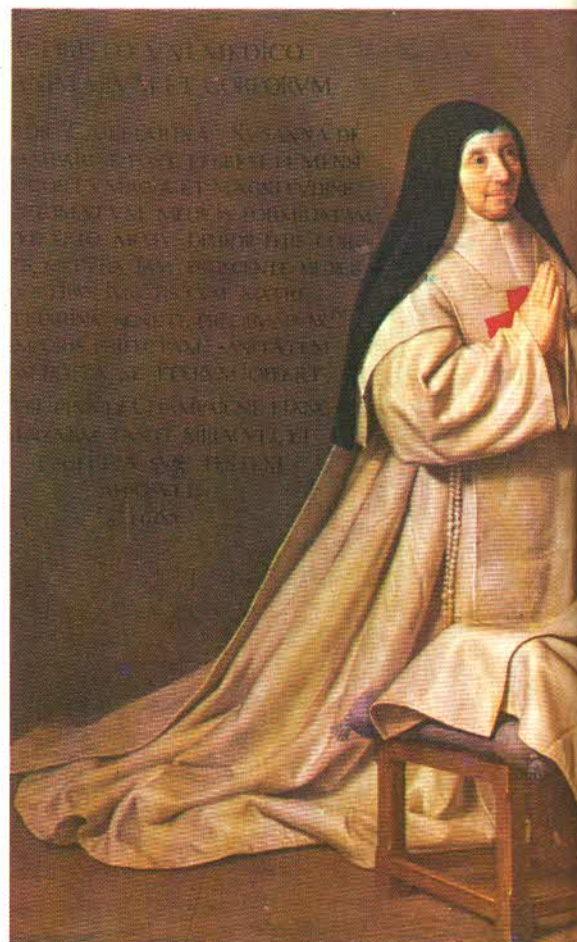


Jardín de Port-Royal, donde se reunían las religiosas que pertenecían a esta abadía, por Madeleine de Boulongue (Museo de Versalles).

Port-Royal una recaída más bien que un progreso. Los “señores” de Port-Royal fueron espíritus sinceros y hasta consecuentes, que se figuraban retornar a un catolicismo del tiempo de san Agustín y san Ambrosio. Pero en la vida muy pocas veces es posible ser consecuente. Descubrimos en los “señores” y en las religiosas de Port-Royal virtudes que eran ya de poca trascendencia en su tiempo. Es verdad que hacían devociones y se infligían penitencias que daban ocasión a fenómenos místicos interesantes. Es verdad que recibían los sacramentos con pureza y fervor. Pero en Port-Royal se encuentran también algunas simplezas explicables sólo por un sentimentalismo de gran vulgaridad. En el suelo de la iglesia estaban señalados los lugares donde se enterraron los “señores” más notables, o por lo menos alguna de sus entrañas, como el corazón. En el jardín, las religiosas hilaban discutiendo cosas santas. Es verdad que en Port-Royal algunos de los “señores”, que eran riquísimos, vivían como ermitaños, sin comodidades ni servidumbre; pero el mundo

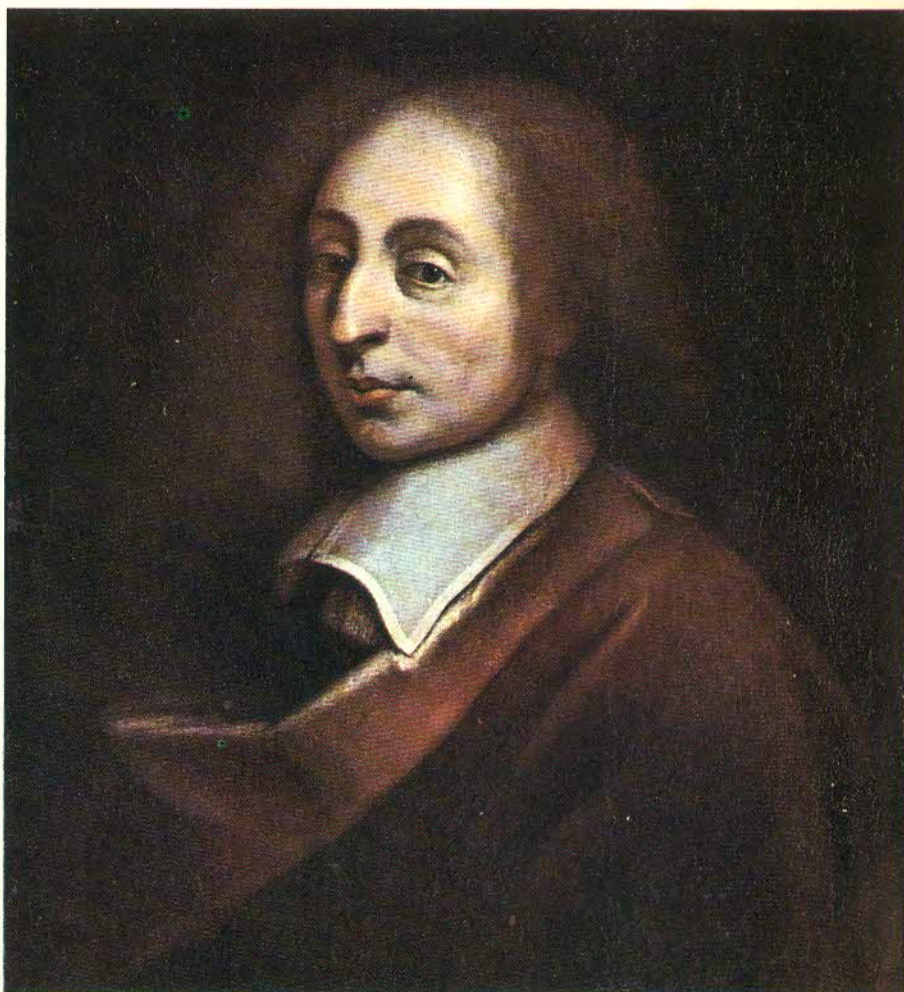
no pedía refractarios al progreso, sino campeones de justicia y moralidad. Sin embargo, el ataque de los enemigos de Port-Royal motivó la defensa, o mejor dicho, el contraataque de Pascal, con sus *Cartas a un provincial de la Compañía y a los Jesuitas*, que hará pensar en Port-Royal hasta el fin de los siglos. Este monumento de polémica no pretende escudar a los “señores” o jansenistas de Port-Royal, sino que va directamente a poner de manifiesto los errores de los jesuitas para que así, debiendo ellos defenderse, soltaran su presa, o sea Port-Royal. Pascal era filósofo y físico más bien que teólogo. De riquísima familia de Auvernia, se había establecido en París, donde vivió por algún tiempo con tren de carroza y criados. Tenía una mente aptísima para las matemáticas, pero en su periodo de hombre de mundo de París escribió un libro sobre el amor, que hasta hace poco (y así todavía lo creen los jansenistas) se creyó que quería decir el amor de Dios. Pero últimamente se ha creído descubrir la fe de bautismo de un hijo natural de Pascal, y esto ha hecho creer que el amor a que se refiere el libro *Del Amor* no sea “el amor divino”.

Cuando Pascal, todavía joven, hubiera

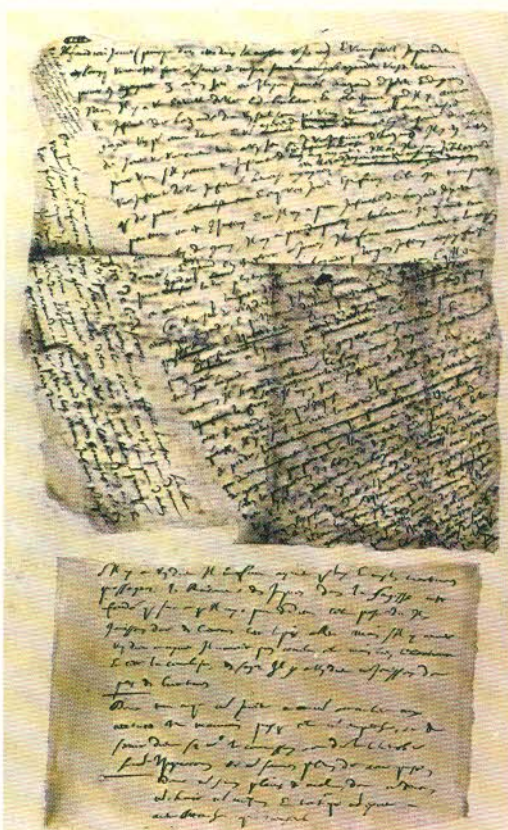


Exvoto que representa a la hija del pintor y a sor Angélique Arnauld, religiosas de Port-Royal, por Philippe de Champaigne (Museo del Louvre, París).

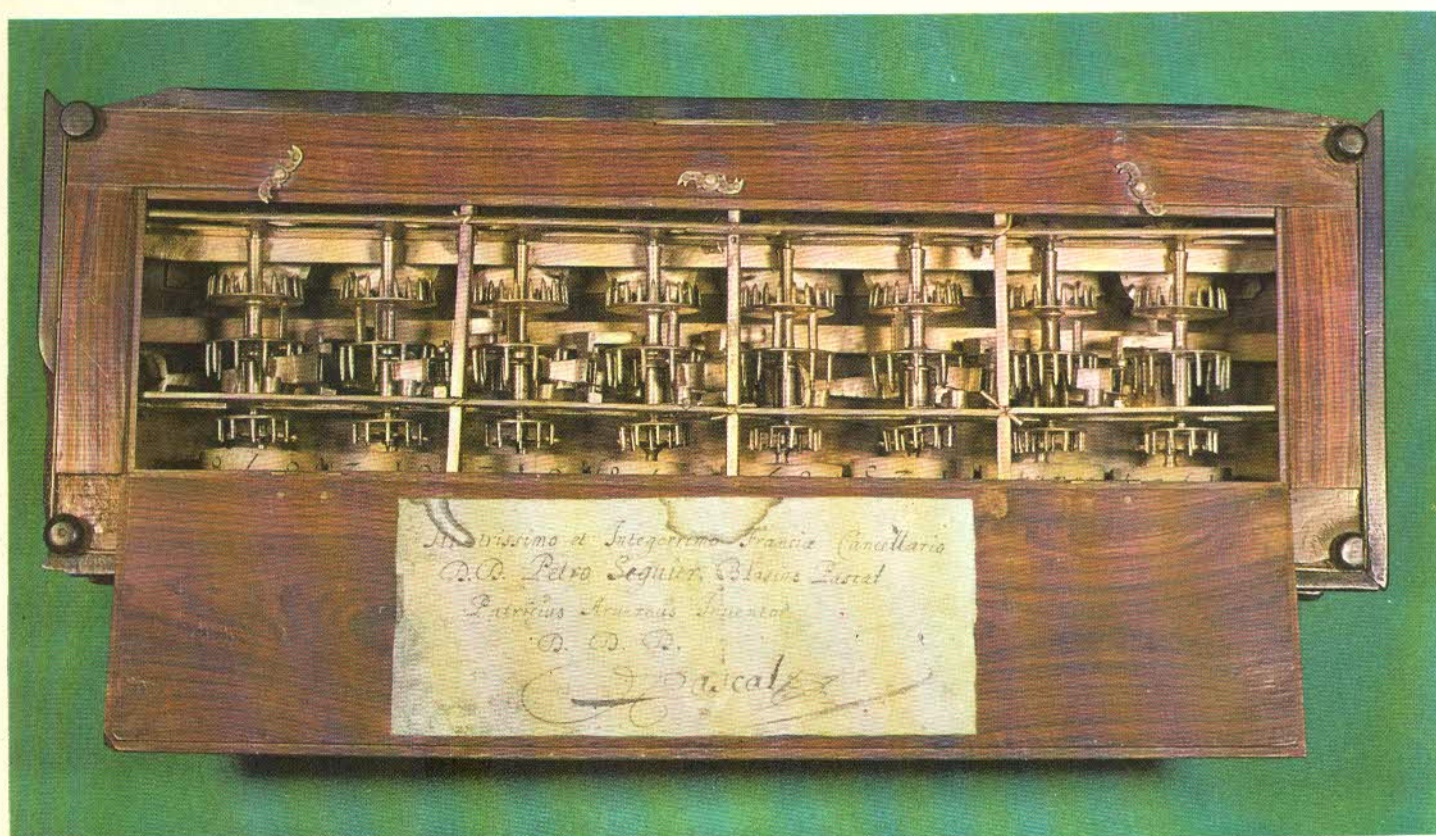
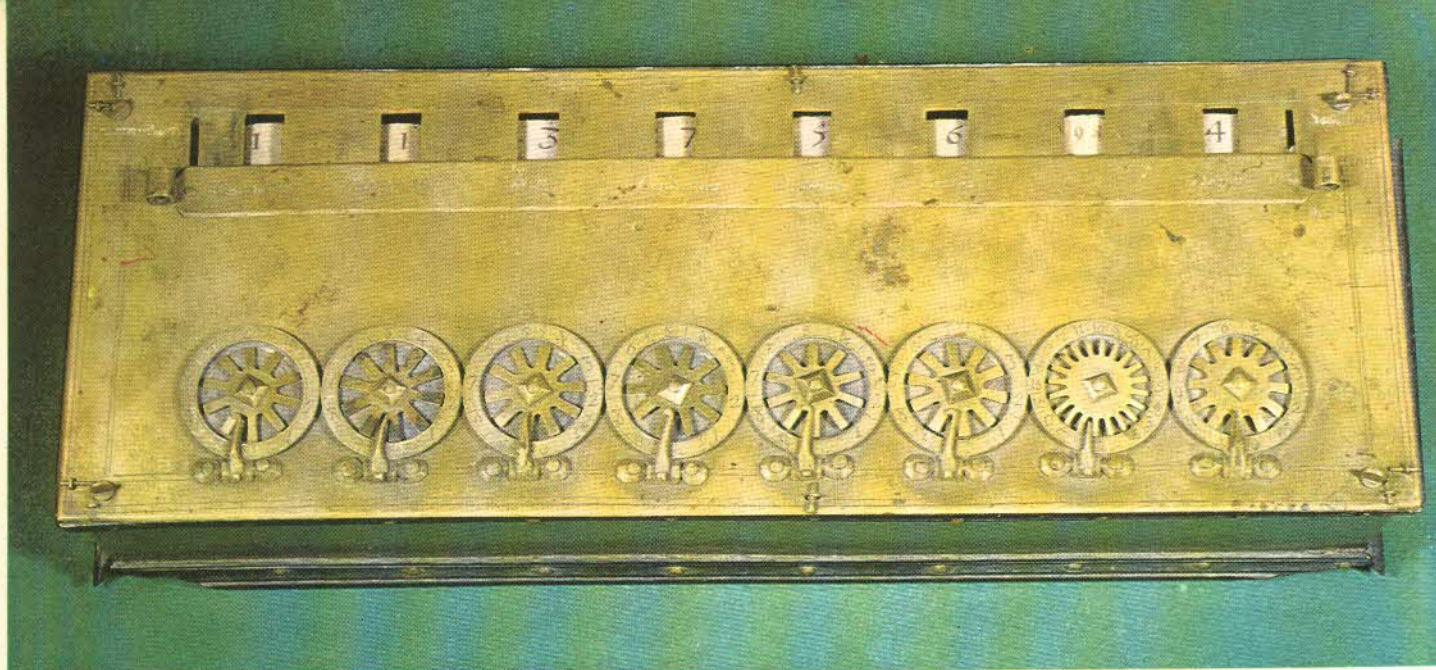
podido continuar sus trabajos científicos, se convirtió bajo la influencia de los “señores” de Port-Royal, donde encontró espíritus sinceros y apasionados como el suyo. Irritado por la persecución de que eran objeto aquellos nuevos amigos, falsamente acusados de jansenismo, Pascal descendió al palenque con las *Cartas* ya mencionadas. Las firmaba Montalte y aparecían como impresas en Colonia. Su estilo es maravilloso; es un libro de controversia teológica que se ha convertido en clásico de la literatura universal. Hoy ya no nos importan las cuestiones allí debatidas; pero nos regocija la maliciosa agudeza con que están tratadas. Todos los “señores” de Port-Royal escribieron en estilo de párrafos finos, comprimidos, cuidados, pulidos, pero no abrillantados. Y he aquí que Pascal los defiende con el más intencionado y refinado lenguaje que jamás se escribió. Hoy nos sorprende que las *Cartas* de Pascal fuesen revisadas por algunos de los “señores” de Port-Royal y que aprobasen su publicación. Pero es posible que hasta facilitasen a Pascal muchos de los datos y citas intencionadas con que él acorrala a los jesuitas. Pascal menciona más de cuarenta obras jesuitas de las que extrae párrafos que realmente hasta a un



Blaise Pascal, según pintura de autor desconocido conservada en el Museo de Versalles.



Textos autógrafos de los “Pensamientos” de Pascal (Biblioteca Nacional, París).



Máquina calculadora inventada por Pascal en 1642. En el grabado inferior se ha invertido la máquina para mostrar los engranajes de su mecanismo y la dedicatoria manuscrita del inventor (Conservatorio de Artes y Oficios, París).

lego sonrojan. Los jesuitas se excusan diciendo que es de mala fe extraer párrafos de un libro porque es probable que estén rebatidos por el espíritu general de la obra. ¿Pero acaso no se les acusaba a ellos de hacer lo mismo con el *Augustinus*? ¡Y qué diferencia entre el *Augustinus*, que pecaba por exceso, y las doctrinas de aquel jesuita que en la Sorbona daba un curso de “devoción fácil”, o de aquel otro que encontraba razones para no pagar las contribuciones, de los que defendían la reserva mental, las opiniones probables, etc.! Hemos concedido a la fundación de la Compañía de Jesús un capítulo entero de este volumen. Queremos justifi-

carlos de antemano, para tener derecho a copiar este párrafo de la quinta *Carta* de Pascal: “Sabed, dice un jesuita del siglo de Luis XIV, que nuestros superiores no intentaron corromper las costumbres, pero tampoco reformarlas. Sería una política desastrosa. He aquí su idea: tienen tan buena opinión de sí mismos, que creen útil y necesario, para el bien de la religión, que su influencia se extienda por doquier y así puedan gobernar todas las conciencias. Para ello los confesores no deben ser severos”.

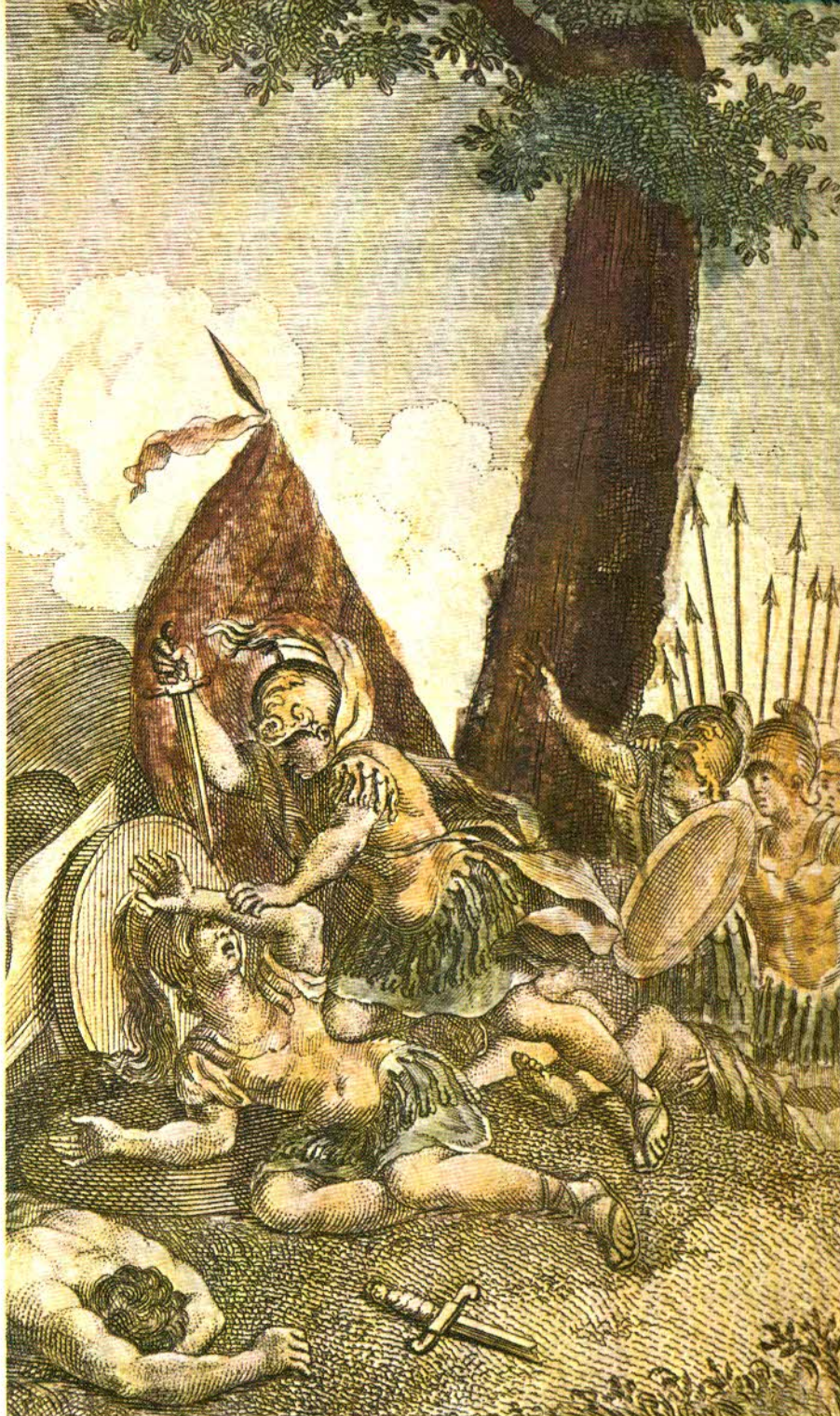
Los ataques del clero acomodaticio de Versalles no se reducían a acorralar a los jansenistas en sus dos casas de Port-Royal-

aux-Champs y Port-Royal de París: combatían con igual persistencia los excesos de misticismo extremado llamado "quietismo". Originado en España, había penetrado en Francia y hecho prosélitos incluso en personas de la corte. Hasta se había sospechado de Fénelon, el preceptor del hijo del delfín, de haber simpatizado con los quietistas, y la mismísima madame de Maintenon, cónyuge de Luis XIV, toleraba las visitas y consejos de una madame Guyon, la propagandista del quietismo integral. Los quietistas no eran un peligro nacional, pero, como los jansenistas, eran un síntoma del despego que se podía producir hacia la jerarquía católica. Los quietistas se proponían conseguir los consuelos de la beatitud y el éxtasis con el silencio y la abstención mental. Si se hubiesen retirado a un convento con objeto de obtener los más altos efectos de la gracia, lejos del bullicio de la corte y desatendiendo los deberes sociales, el quietismo no hubiera causado alarmas, pero los quietistas creían que podían ejercer cargos públicos, dedicarse a los negocios y a la familia con el alma entregada a la contemplación.

Era una corriente general del espíritu europeo, consecuencia de las guerras de religión. ¿Para qué tanta lucha si Dios estaba en lo alto? En el campo protestante aparecieron también "reformas" como la de los pictistas, que arraigó sobre todo en Alemania; la de los metodistas anglicanos, iniciada por Wesley; la de los cuáqueros, iniciada por Fox; la de los mennonitas, por el holandés Mennon, y sobre todo la multitud de místicos que no llegaron a reunir más que pequeños grupos de prosélitos. Todo el que sentía con exceso la religión tenía un carácter anormal, poco eclesiástico; aceptaba los sacramentos y los aspectos externos de la liturgia como rutina casi necesaria, pero contaba especialmente con milagros. Casi todos los santos de la época barroca son taumaturgos.

San Francisco de Sales, con su *De vida devota*, expone los métodos verdaderamente católicos de piedad eclesiástica, sin excesos. Pero hasta el mismo santo recibía inspiración de santa María de Chantal, que hacía milagros. Sin embargo, más humano y más cristiano era san Vicente de Paúl, el cual creaba su orden de sacerdotes cultos y santos para levantar al pueblo caído en la miseria y la ignorancia.

Estos conflictos de alta mística, el quietismo y la piedad práctica con abundancia de sacramentos, no trascendieron a la corte de Versalles, pero algunos artistas y escritores se contaminaron de sus extremos. El gran trágico Corneille fue acusado de jansenista y el pintor Philippe de Champaigne fue



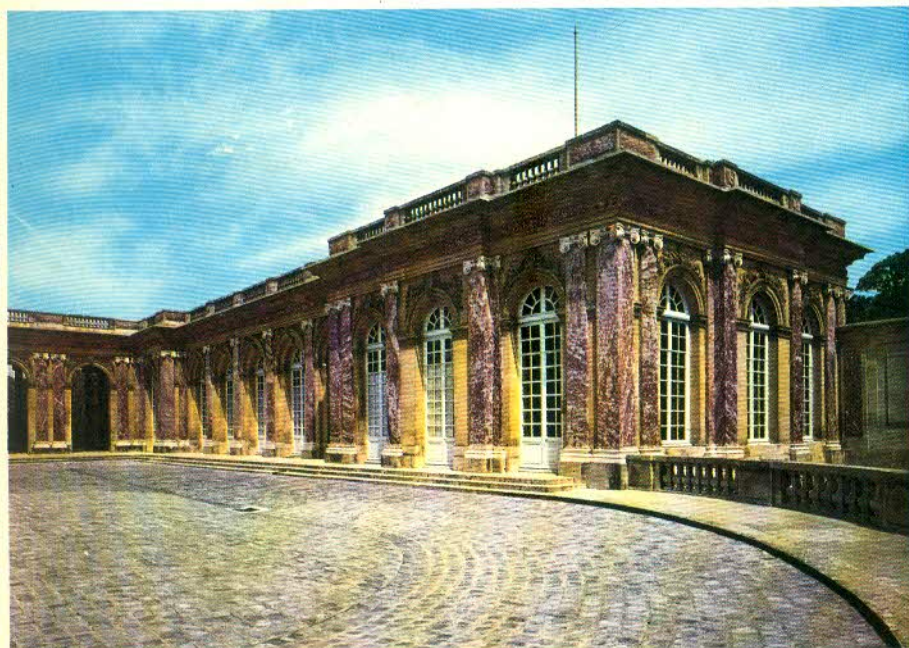
amigo de los "señores" de Port-Royal. Tenía a sus dos hijas en Port-Royal-aux-Champs y por una de ellas se logró una curación que se reputó milagrosa.

Todavía queda un grupo de fervientes discípulos de Port-Royal en París, que forma una especie de congregación. Conservan el archivo de los primitivos "señores" y algunos de los preciosos objetos a los que se daba valor religioso, como una espina de la corona de la Pasión. No; el jansenismo no ha terminado. Es una desviación hacia la mística individual y extremada que experimentan todas las religiones, como encontramos en el judaísmo y el islamismo.

Telémaco mata a Adrasto, grabado de Pedro Celestino Naré que ilustra una edición del siglo XIX de la obra de Fénelon "Las aventuras de Telémaco" (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Fénelon escribió esta obra para el duque de Borgoña, discípulo suyo y nieto de Luis XIV, pero fue prohibida inmediatamente de publicada por suponerse que era una sátira contra el Rey Sol y su gobierno. Fue oponente de Bossuet, otro de los máximos espíritus eclesiásticos de la época de Luis XIV.

BIBLIOGRAFIA

Belloc, H.	<i>Richelieu</i> , Barcelona, 1962.
Bray, R.	<i>La formation de la doctrine classique au xvii^e siècle</i> , París, 1957.
Erlanger, Ph.	<i>Luis XIV</i> , Madrid, 1968.
Funck-Brentano, F.	<i>Luis XIV y su corte</i> , Barcelona, 1943.
Hazard, P.	<i>La crise de la conscience européenne. 1680-1715</i> , París, 1957 (2 vols.).
Huxley, A.	<i>Eminencia gris</i> , Buenos Aires, 1958.
Luis XIV	<i>Mémoires (1661-1668)</i> , París, 1927.
Peyre, H.	<i>¿Qué es el clasicismo?</i> , México, 1953.
Saint-Simon, duque de	<i>Mémoires</i> , París, 1949-1953 (5 vols.).
Saulnier, V. L.	<i>La littérature du siècle classique</i> , París, 1944.



El Gran Trianon, en Versailles, construido por Luis XIV para Madame de Maintenon, según planos de Hardouin-Mansart.